

# LA SOCIEDAD TEOSOFICA

## fundada en New York en 1875 por

### H. P. BLAVATSKY

La Sociedad no se cree capaz de establecer inmediatamente la fraternidad universal. Sólo se propone crear el núcleo de semejante cuerpo. Muchos de sus miembros creen que el conocimiento de las religiones y de las filosofías del mundo revelarán, junto con el principio común y fundamental que las unifica, esa "identidad espiritual de todas las almas con la super-alma", lo cual constituye la base de la verdadera fraternidad; y muchos también creen que la comprensión de las fuerzas más sutiles de la naturaleza y del hombre, confirmarán la misma idea.

Su organización es enteramente antisectaria, sin credo, sin dogma y sin ninguna autoridad que la enseñe o imponga. Tampoco se hace responsable de las opiniones de sus miembros, de quienes se espera que observen hacia las creencias de los demás la misma tolerancia que desean para las propias.

Se adoptó, por la Convención de la Sociedad, celebrada en Boston en abril de 1895, la resolución siguiente:

"La Sociedad Teosófica, por sus delegados y miembros reunidos en Convención, proclama, por este medio, su fraternal voluntad y sentimientos benévolos hacia todos los estudiantes de Filosofía y miembros de las Sociedades Teosóficas, como quiera y donde quiera que se encuentren. Y así mismo proclama y afirma, con las referidas personas y sus organizaciones, su sincera simpatía y acuerdo en todos los asuntos teosóficos, excepto en lo que respecta a gobierno y en punto administrativo; y los invita a su correspondencia y cooperación.

"Ofrece espontáneamente sus servicios, y envía sus más fervientes saludos, a todos los hombres y mujeres de cualquier casta, color, raza y creencia religiosa, que aspiren a la adquisición de la paz, de la cultura, de la simpatía desinteresada de los unos a los otros, del conocimiento del hombre y de la naturaleza, para la elevación y el progreso de la raza humana.

"Declarando su confraternidad, une su mano a la de todas las religiones y cuerpos religiosos, cuyos esfuerzos se dirijan a la purificación del pensamiento del hombre y al mejoramiento de sus costumbres. Y tendrán gratitud, a las sociedades científicas y a los investigadores de la sabiduría en cualquier terreno, y sean cuales fueren los medios que consideraren justo seguir, por aquellos descubrimientos y revelaciones de la Verdad que sirven para proclamar o confirmar una *base científica de la ética*".

Y finalmente, invita a formar parte entre sus miembros a todos los que, buscando en adelante vida más elevada, desean conocer el *sendero* de ella.

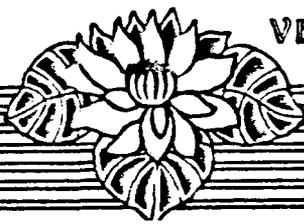


# PHARMA

REVISTA TEOSOFICA  
PUBLICADA POR LA RAMA "VENEZUELA"

CARACAS

VENEZUELA



# SUMARIO

	Páginas
Introducción a un tema, <i>O. Niniceo</i> . . . . .	257
Los Discípulos, <i>C. A. G.</i> . . . . .	268
Fragmentos, <i>Cavé</i> . . . . .	275
Cartas que me han ayudado, <i>W. Q. Judge</i> . . . . .	283
Una escultura que falta labrar, <i>Juan de Soles</i> . . . . .	289
Sobre la pantalla del tiempo (Un fragmento del "Quarterly"— <i>T.</i> ) . . . . .	293
Preguntas y Respuestas . . . . .	294
Ecos y Notas . . . . .	297

## La Oficina Central y Local de la Rama "Venezuela" de la Sociedad Teosófica

sita Norte 3, número 38, Canónigos a Esperanza, está abierta todas las noches, especialmente los miércoles y los sábados, menos los domingos, de 7 a 10, y a sus reuniones, estudios, &, puede asistir todo el que lo desée, sin necesidad de previa presentación ni pertenecer a la Sociedad.—Es un punto de reunión para todo investigador sincero de los problemas de la vida, donde se expone todo género de opiniones, de un modo completamente libre y amplio, como ha de ser lo compatible con el ideal de bondad y tolerancia que son de libertad y cultura bien entendidas.

**Hay una Biblioteca orientalista bastante extensa para el estudio de los concurrentes.**

**S** E INVITA a los miembros a enviar preguntas o respuestas a preguntas, opiniones y notas sobre asuntos teosóficos. Cuidarán de escribir claramente, en sólo una plana de papel. Hacemos extensiva esta invitación a cuantos aspiren a conocer el concepto teosófico acerca de cualquier materia de filosofía, o religión, o de los muchos problemas de la vida. Diríjense las comunicaciones al Norte 3, número 38, Salón de la

Rama "Venezuela" CARACAS.

# DHARMA

PUBLICACION TRIMESTRAL

ORGANO DE LA

RAMA "VENEZUELA"

®

SUSCRIPCION ANUAL: B 5.00



REDACCION Y ADMINISTRACION:

NORTE 3. NUMERO 38.

CARACAS

®

SUSCRIPCION ANUAL: B 5.00

## SEGUNDA ÉPOCA

---

"Ninguna opinión de persona alguna puede estar por sobre la opinión de nuestra propia conciencia".  
B. P. BbAVATSKY.

---

*A excepción de los documentos oficiales, la Rama "Venezuela", de la S. T., como tal, no es responsable de las opiniones o declaraciones que publique esta Revista, sea quien fuere quien las autorice.*

---

Año IV

Caracas: octubre de 1916.

Núm. 15

---

## Introducción a un tema

O. Niniceo.

Hay una pregunta que cada quien se viene haciendo a la simple observación del espectáculo de la vida humana: por qué leyes se distribuye, en una medida injusta al parecer, el sufrimiento, o los favores de la fortuna, en el mundo. Ese cuadro que se exhibe, a todo ojo, resalta con los caracteres más inverosímiles. Sugiere una contradicción que sale a nuestro paso en el vecino, en la familia, en la ciudad, y que sorprendemos en nosotros mismos con la desconcertante impresión de una paradoja, sin que nos sea posible descubrir el hilo que complica y ordena su trama. El malogro en el apto, el logro en el inepto: quién descifra el contrasentido? Y en efecto, conocemos a muchos de felices capacidades, de inteligencia nutrida y discreta, de voluntad perseverante, que no encuentran sino el fracaso en su intento de ocupar un sitio cómodo entre, sus semejantes, y de convertir en propicias las circunstancias adversas que lo rodean. Proyectan planes bajo el deliberado esmero del estudio, eligiendo cuidadosamente los más indispensables detalles de la previsión; y con todo, en la hora de su cumplimiento, interviene rompiéndolos el poder secreto de una resistencia desconocida. Esta escena se desarrolla a diario y forma la experiencia de muchas almas. Otros nacen en el dolor y así

van hasta la muerte, y comparecen a ilustrar este caso lo mismo el individuo obscuro que los más brillantes caracteres espirituales. Otros marchan por una vía que sienten no ser la suya, la de su íntima predilección. Experimentan la emoción de un condenado a trabajos forzados, y prolongando esta actitud consumen la existencia en un duro conflicto entre su corazón y el linaje de su destino. Parecen sujetos, y hasta lo presienten, por la magia de una fuerza que en vano tratan de remover y destruir. Esto merece, sin duda, meditación. Son escrituras que se leen en cualquier espacio de la humanidad. Por el contrario, otros con facultades medianas y hasta inferiores, sobrepujan victoriosamente el nivel ordinario, con el notable rasgo de que llegan al éxito más halagador sin la previa preparación reflexiva, metódica, calculada. Avasallan, ocupan situaciones prósperas con la espontaneidad de algo que les pertenece, como si ellas sólo fuesen una prolongación natural de su hacienda o de su derecho de señorío incontrastable. En este reparto, que cae bajo el dominio cotidiano de nuestros ojos, no se atiende a la virtud que se fatiga entre sus fuentes de lágrimas sin poderlas secar, ni al artista de belleza y excelsitud que, a la postre, muere sin pan ni domicilio, ni al avaro sórdido que no sabe de caridad, ni a esos fieros amos de sociedades que en la cima de los gobiernos hieren y trastornan el orden moral como una viva y siniestra negación de justicia, de verdad, de humanidad. Estos son algunos colores de la tela, pero los juzgamos suficientes para renovar la pregunta formulada en el comienzo de este artículo: dónde está la mano que distribuye esos diversos papeles, que obliga al mendigo a tocar a la puerta del rico en demanda de limosna, y al grande en excelencias de alma a erguir, casi siempre, en la columna de su Pretorio, bajo el azote, el tronco desnudo? Esta interrogación cuenta una larga edad, a lo menos en la historia de la filosofía occidental, sin que, de ese lado, se haya oído nunca la palabra que responda. Sin embargo, venimos a responder. Hace algunos años que está la Teosofía respondiendo con el libro y el periódico, y la solemne dignidad de su organización internacional.

Pero para que nuestro tema apunte a un éxito aceptable se impone la necesidad de convenir en el principio de las reencarnaciones del alma humana a través de las edades, o en esto: que hemos vivido multitud de veces, anteriormente, de la manera que vivimos en esta ocasión del tiempo y del mundo. Permítasenos unas ligeras notas sobre este particular, a propósito de abordar con algún conocimiento la vasta cuestión del Karma.

Quando Descartes erigió su doctrina sobre la célebre sentencia: Yo pienso, luego soy, dedujo de la absoluta certidumbre de su pensamiento la seguridad de que existía, pero limitó su síntesis filosófica al momento presente. Cuando más tarde los progresos experimentales de la ciencia demostraron la indestructibilidad y conservación de la energía, evidenciando en esta fecha y en esta parte del globo el clásico versículo de la cultura oriental: no hay existencia posible para lo que no existe ni puede dejar de existir lo que existe, permitieron afirmar esta conclusión: Yo soy, luego fui. Si la nada no se encuentra ni en el principio, ni en el medio, ni en el fin de las cosas, yo he sido, yo seré. Si la existencia de la energía se manifiesta por medio de las formas de la materia, no repugna a la buena lógica que la existencia de mi pensamiento se manifieste por medio de mi cuerpo. Las formas se desvanecen y la energía persiste. Tal el Ego que realiza cuerpo tras cuerpo el programa de la evolución, en la indestructibilidad y conservación de las energías mentales. Si lo que existe hoy llena los tiempos, me basta saber que yo pienso, es decir, que tengo una existencia interna, una psiquis, para proclamar la verdad de su pasado y de su futuro. Si en los diferentes departamentos de la naturaleza la vida renace y se revela, con significaciones cada vez más ricas, a través de las formas cada vez más perfectas, la vida, en su aspecto espiritual y psíquico, viene descubriendo el secreto de sus posibilidades maravillosas a través del organismo humano, cada vez más complejo y sensitivo. Sirva este rápido bosquejo para avanzar en nuestro propósito sobre

### Karma

No se concibe una existencia sin que se perciba, a la vez, una acción. Dice un filósofo que todo existe activamente, el alma, el guijarro, el sol, la planta. Esto explica la facilidad con que fue descartado de los dominios del movimiento filosófico lo que se llamó acaso, la nada, el reposo absoluto, por cuanto fueron palabras que no encerrando ningún sentido de actividad, negaban, por lo tanto, la condición esencial de toda existencia. Karma quiere decir acción, y por este motivo, claro está, se extiende a todas las esferas del sér. Expresa el modo cómo obra la dinámica de la vida, en su tendencia incesante de mantener la armonía en lo metafísico y el equilibrio en el orden de las cosas materiales o sensibles.

Quando una raza, una nación, una familia, un individuo, en el género de sus actividades propias, perturban la armonía de la Ley, entonces Karma, o la vida en acción según la frase sintética de Mitchell, reacciona automáticamente sobre el punto de donde se originó la perturbación,

para restablecer allí mismo la necesidad y la bondad de su equilibrio. En este proceso no se nota nada de arbitrario, sino únicamente la manera espontánea como opera la Ley para readquirir su condición armoniosa en la naturaleza. La ciencia en lo físico, define ese proceso cuando descubre el principio de que toda acción provoca una reacción igual y contraria. Y nuestra doctrina, en lo metafísico, lo define con el nombre de ley de retribución. Registremos un caso. Si introduzco un cuerpo en el agua de un estanque, tendré que, de modo simultáneo, las capas líquidas alteradas reaccionan sobre el cuerpo, en un movimiento espontáneo por recobrar su nivel. Aquí se ve, en este caso corriente, que la reacción dura, con exactitud absoluta, lo que dura la perturbación. Una y otra miden igual intensidad y cesan a la vez. Molécula a molécula la causa desequilibradora es neutralizada por el efecto equilibrador. Tampoco se nota en la sencillez de este ejemplo nada de arbitrario, ni de milagroso, ni de incomprensible. Si ahora, a propósito de darle mayor claridad a nuestra tesis, dotamos aquel cuerpo de los atributos de la conciencia y del libre albedrío, no será difícil suponer que sentirá contra su impulso, de modo constante, la presión de una fuerza que oprimirá su deseo, sus fines de quebrantamiento del orden ético universal. La presión asumirá los tonos del dolor para su egoísmo contrarrestado. La cantidad de la culpa determinará la cantidad de dolor en una justeza infalible, no más pero tampoco menos. Este ajustamiento del efecto a la causa, grado a grado, seguirá hasta que el dolor, en su designio equitativo a la vez que misericordioso, lo despierte a la percepción de la extraviada actividad de su libre albedrío. Y juntamente con ese despertamiento encontrará, al cabo, enriquecida su naturaleza con una experiencia que no tenía, y elevada, por consiguiente, a una nueva visión de la vida. Tal la noble significación del dolor en el conflicto entre nuestra voluntad egoísta, interesadamente agresiva, y el amor y la armonía que constituyen la propia esencia del universo. Esperamos que se traduzca este esbozo, en extremo muy breve, de cómo procede Karma en la evolución del individuo, del pueblo, de la humanidad; de cómo nace el sufrimiento y de cómo en cada cruz se realiza el suceso de una positiva redención. Porque el grupo lo mismo que el individuo, revelándose en su perpetuo dinamismo psíquico, emiten pensamientos, ejecutan actos, ya en favor, ya en contra, del altruismo, del bien, de la belleza, de nuestra profunda y radiante reintegración espiritual en la totalidad humana; y la Ley, a la vez, en la estricta medida, reacciona sobre aquellos núcleos dinámicos con la alegría del bien o con el fuego purificador de la pena.

Ya aquí nos hallamos, a nuestro parecer, en capacidad de tornar de nuevo nuestra mirada sobre el reparto de beneficios y desgracias entre los hombres, porque, al menos, agitan ahora nuestras manos una antorcha, cuya luz cae de lleno sobre toda la amplitud del espectáculo.

Los que ríen y los que lloran; los que no aprenden otra lección ni saben otra cosa que arar la tierra, sujetos al trecho anónimo de su cortijo, y los que rigen su generación desde la publicidad de un sitio emittente; los que buscan luz para todos, llenos de un ensueño generoso, y el tirano que victima a su pueblo, entre estos matices que contrastan y se entrelazan de mil maneras cubriendo la verdadera economía del conjunto de los humanos, unos y otros, los que pasan cantando, los tristes, los capaces junto con los ineptos, han sido los artifices de sí mismos. Cada quien se labró el aspecto que necesitaba, conquistó un grado, pisó adelante en su brecha, o cayó sobre las espinas o los cardos de su peregrinación. Cada quien preparó en su garganta, ahora uno o muchos milenios, en las viejas curvas de lo pasado, el grito de sus angustias de hoy. Cada quien ha llamado a las puertas de la vida, y en la misma lengua del llamamiento, la vida les ha respondido. Verdad habló un ilustre escritor cuando dijo que el hombre crece a la semejanza de las obras que ejecuta. Ampliemos un poco más estas líneas.

Somos en cuanto a nuestro cuerpo, en cuanto a nuestro temperamento, oportunidades, posibilidades, ambiente doméstico y étnico, el producto de los pensamientos y actos de nuestras reencarnaciones anteriores. Somos la substancia revelada, dañina o sana, de la clase de simiente, sana o dañina, que ayer sembrámos. Somos tan sólo, en nuestro aspecto de Egos renacidos, una herencia, una cosecha, el remate de un perfecto proceso de germinación, de crecimiento y fructificación. Nacimos, ahora, sólo por virtud de haber engendrado anteriormente causas de atracciones terrestres. Brotamos, así, del suelo antiguo para formar el círculo de necesidad del grano fecundado al grano reproducido. Cada renacimiento, por lo tanto, constituye la concreción psíquica, corpórea, con sus circunstancias ambientes, de virtudes y pecados de previos renacimientos, de suerte que somos en sí amargura y dulzura, dolor y placer, según la especie de cultivo hecho. Asimismo, por análogo procedimiento, las obras de nuestra conducta en lo presente se concretarán en una entidad psíquica, forma orgánica y medio ambiente futuros. Y mientras tanto, como carecen de instrumento que las manifieste en sus efectos kármicos, se conservarán latentes en espera de la oportunidad de encarnar y renacer.

Tal vez se pregunte el lector si el hombre ordinario, el incorporado en la evolución de la masa común, puede escapar a su Karma dominante, maduro o activo, modificándolo en el sentido de evadirlo o de atenuar el rigor de su cumplimiento. H. P. Blavatsky responde en esta forma categórica: "Como vemos, pues, Karma es la ley de admirable justicia, ley que no yerra, que recompensa o castiga a cada cual con una imparcialidad absoluta. No hay favoritismo. Ninguna oración, ninguna intervención de tercero puede modificar en un ápice su acción; y siendo Karma la causa y el efecto, a nadie más que a nosotros mismos debemos culpar, si durante nuestra actual existencia encontramos el sufrimiento y la adversidad". Y en la Doctrina Secreta aseguró que "el hombre... no puede escapar a su destino dominante..."

También responde W. Q. Judge: "Las causas kármicas puestas ya en movimiento, hay que dejarlas obrar hasta su término..."

También responde el profesor Mitchell: "Nuestros hábitos y medio ambiente son igualmente el Karma de nuestro pasado. Nuestras vidas no son campos vírgenes en los que no se haya sembrado antes simiente alguna, sino campos de rica y exuberante vegetación, de cosechas que crecen de muchas clases de siembras anteriores. Sobre la semilla plantada no tenemos ya ningún poder de elección. Podemos arrancar la planta o aguardar su cosecha, pero no podemos cambiar la naturaleza del fruto. Como a cada momento estamos sembrando para el futuro, de igual modo venimos cosechando del pasado. 'No te engañes: de Dios nadie se burla, porque sea lo que un hombre sembrare, eso mismo cosechará'. Nuestros actos retornan sobre nosotros y quedan registrados interiormente en nuestros hábitos y exteriormente en nuestro medio. Ambos son de nuestra libre elección y creación, puesto que su causa inicial fue escogida y creada por nosotros. También son la elección y creación de Dios, puesto que son los efectos de la acción de la vida sobre estas causas; y esta acción es siempre beneficiosa".

Tenemos, pues, que no puede modificarse ni en un ápice la acción kármica, según Blavatsky; o hay que dejarlas obrar hasta su término, según Judge; o no puede cambiarse la naturaleza de su fruto, según Mitchell,

Primero: porque por medio de sus leyes se manifiesta la voluntad de Dios, y esta no se ataca sin convertirnos de nuevo en transgresores, sino que se acoge con el reconocimiento y la alegría en el corazón;

Segundo: porque el Karma significa una reparación de la ética universal, una finalidad de justicia y misericordia, y un motivo de elevación para el hombre; y

Tercero: porque nuestras acciones presentes carecen de la concreción de una forma psíquica y corpórea para manifestarse, ya que no hay Karma activo o maduro a menos que haya un instrumento que lo revele; y nuestra psiquis y nuestro cre.po actuales sólo concretan los actos y pensamientos del pasado para beber hasta la última gota el cáliz que pedimos a la Ley.

Sin duda, quien comprenda a Karma y lo ame, ya sintió en su corazón el gozo de una promesa espiritual.

### Otro punto de vista

Aquella sentencia de Jesús tan conocida: "Haz a otro lo que quieras que te hagan a tí", no obstante de hallarse concebida en términos personales, insinúa la generosa advertencia de que debemos comprender a los demás, lo mismo que a nosotros, en la extensión de un concepto igual de amor o de justicia. Y así, queda triunfando en el mérito moral de ese concepto, el principio de la solidaridad humana. Hay esto, pero también algo más. Parece significar, a la vez, que la naturaleza de nuestra conducta con el prójimo pautará necesariamente la aplicación y observación de una conducta semejante con nosotros; y a la luz de este otro criterio más sutil, el dicho de Jesús acrece su simple valor de consejo benévolo hasta la importancia y trascendencia de una ley de la vida. Estudiemos el asunto. Cuando un individuo daña a otro, con la mente, con la palabra o con los actos, demuestra a las claras, que adolece de imperfección en ese lado de su carácter interno, y que, por consiguiente, necesita fortalecer su parte débil hasta el grado de que llegue a poseer la cualidad sènsitiva y perceptiva que le advierta de manera honda, su responsabilidad y la presencia del dolor en el mál que hace. Con poco esfuerzo se comprenderá que ese individuo hiere por deficiencia. Integrado en el plan de la evolución, pide desde luego, reclama por razón de su sordera o ceguedad moral, una nueva experiencia, algo más de amplitud en el conocimiento de sí mismo, un progreso bastante que le dé la conciencia de sus actos. Y en este momento cae sobre sus asperezas, para desbastar y pulir, la sabia y segura lima de la Ley. Obligado a alimentarse de sus propias obras aprenderá, al fin, a dulcificar la substancia de su vida y a ver en la salud del mundo la fuente de la suya. Desde el salvaje hasta el sabio, en la gran

escala, desde el primitivo que defiende su condición embrionaria en el amparo del bosque, o de la cueva, hasta el brillo puro del místico, el hombre ha venido creando voluntad, emociones, pensamientos, alargando el área de su destino al comer del árbol de la ciencia del bien y del mal; ha tenido que subir la cuesta enorme de lo externo a lo interno, constreñido, renacimiento tras renacimiento, a retirar su pie del dolor del pecado; y desde este punto de vista la sentencia de Jesús abre la profunda gravedad de la siguiente significación: "Harás a otro lo que necesitas que te hagan a ti".

Conviene advertir para poner claros los términos, que interpretamos esta sentencia desde el terreno personal donde la situó el glorioso nazareno. Y otra vez despliegan su esplendor magnífico las leyes kármicas en su constante tendencia equilibradora, regeneradora, purificadora, esencia de la evolución, guardianes infalibles de los fines del espíritu en los movimientos de la humanidad. Los Maestros trabajan de acuerdo con sus leyes. Ellos son los hijos de la Ley, de la gran madre a cuyo amor hemos crecido hasta aquí, a cuyo amor creceremos hasta transmutar en poderes espirituales las fuerzas del mundo psíquico. No crea nadie que pueden suspenderse en su favor, por algún medio, los efectos kármicos, porque esto equivale a negar la sabiduría de Dios y la necesidad y verdad de su realización; o equivale a lo menos, a no comprender a Karma en su beneficio y misericordia.

Refiere Juan, el evangelista, que cuando Pedro hirió a Marco, el Maestro le dijo: "Mete tu espada en la vaina: la copa que el Padre me ha dado, no la tengo que beber?"

Y el Dhammapada, que nos trae la palabra de Budha, escribe este severo trozo de sabiduría: "No hay en este mundo, ni en el aire, ni en el mar, ni en el seno de las montañas, un lugar donde pueda uno desembarazarse del mal que ha hecho... Si un hombre habla u obra con un mal corazón, el dolor irá tras él como la rueda del carro tras el pie de la bestia que lo arrastra".

### El Fatalismo

Nos adelantamos a los que puedan pensar que de todo el conjunto de ideas ya expuestas se desprende la afirmación desesperante del fatalismo. Quizás se apoyen, para semejante sentir, en que el hombre carece de medios para escapar a su destino dominante o maduro. En efecto, lo ven desarrollarse, término a término, con la exactitud imperativa de un cálculo.

lo matemático. Rollo cuyas páginas y capítulos ya estaban escritos cuando reapareció en la cuna, lo ven vivirlos todos, en escala sucesiva, hasta desaparecer nuevamente de la tierra, sin que le hubiera sido dado cambiar ninguna de las cifras de su itinerario inevitable. Lo ven crecer, ampliarse hasta su plena revelación de energía y de forma, luego decaer y morir, reproduciendo, con la naturalidad de una planta fecundada, las raíces, las hojas, la flor, el fruto de su árbol generador, el pasado. No triunfa en esto el fatalismo, en cuyo enunciado domina el contrasentido de la irresponsabilidad? Si en las artes, o la ciencia, o la guerra, o la industria, voy andando a lo largo de vías preestablecidas, impotente de "añadir un codo más a la medida de mi vida", conforme al decir estricto y categórico de Jesús, no se concluye de tales premisas que sólo desempeño una mera función automática en la dinámica de mi generación?

En cuanto se conoce ya, por lo que precede, sobre la doctrina de Karma, se encontrará, con poco esfuerzo, la contestación a las preguntas anteriores. Si pasa inadvertida, tal vez se deba a su misma sencillez. Cuando alguno ejecuta una mala obra, nadie se atreverá a negar que hizo libremente esa elección; cuando por virtud del Karma la obra rebota contra él, nadie tampoco dudará que sólo entra a disfrutar de los efectos de su misma libertad. Libre en su condición ofensiva llega hasta experimentar la amargura de su ofensa en su condición de paciente. Eligió el dolor al elegir el mal. El hombre representa un centro único de atracción para el género de conducta que observa en sus nexos con las otras almas, según queda dicho. Y el oprobio o el honor de esa conducta torna a su centro magnético, con la fija precisión con que una piedra, disparada al vacío, vuelve al centro de la tierra. Se dirá que la caída de la piedra es fatal. Convenido; pero se convendrá asimismo que la caída es la simple consecuencia del acto libre de haberla disparado. Pero parece que el egoísmo, el negro poder que preside el lado malo de nuestra naturaleza, se rebela contra el castigo de su ofensa a la ley sagrada que funde en su universalidad el origen armonioso de todas las almas. Pero la piedra cae, sin embargo, y el sufrimiento de la culpa vuelve al corazón del malhechor. Nada ni más justo, ni más sabio, ni que vierta mayor suma de luz sobre la presencia de Dios en la bondad de la vida. Sépase, pues, que de labriego, de poeta, o rey, o mártir, sobre el cadalso de los reos o envuelto en la grandeza generosa de los redentores, surge el hombre de sí mismo, como una propia expansión de su señorío inviolable. Su harapo de mendigo, o su túnica de santidad, él los tejió, al poner la tristeza o la sana alegría en la faz de la vida. Así crea, renueva, trastorna, eleva o degrada su destino

y el de los demás; pero yerra si cree que puede haber algún sitio en el universo que le asegure la impunidad de sus actos, o donde no alcance la omnipotencia del aliento divino.

### La Liberación

*Así como un fuego vivo reduce la leña a cenizas, así también, Arjuna, el fuego de la sabiduría reduce a cenizas toda clase de acciones... No hay en toda la tierra un purificador comparable a la sabiduría. El perfeccionado por el Yoga lo encuentra en sí mismo.*

Este versículo, de cuya hondura asciende un soplo inmortal, lo leemos en el capítulo IV del Bhagavad Gita. Atesora uno de los grandes secretos del discipulado esotérico, si interpretamos bien las enseñanzas orientales. Concede a la sabiduría, la de las cosas espirituales, el poder de exhaurir el Karma de la personalidad, de consumir todas las acciones, todo el pasado transgresor. Y en este otro caso reaparece la voluntad, como nunca radiante, en sus infinitas posibilidades de energía creadora y transformadora, por encima de la personalidad domada u obediente.

Para adquirir una visión adecuada de este aspecto de nuestra tesis, conviene dividir al hombre en dos categorías: el ordinario, el que obra según la carne, que espera eliminar en el largo decurso de las edades la suma de acciones de todos sus renacimientos, y el extraordinario que aspira, mediante intrépidos esfuerzos heroicos de purificación, obrando según el espíritu, reducir a cenizas aquella suma de acciones, ora en pocas vidas, o en una, o en un día, a la medida de la violencia con que quiera conquistar su celeste heredad. De ambos modos se salda la cuenta con la Ley, sólo que el hombre extraordinario después de resistir todo el empuje de su destino en la manera resignada de Job, el idumeo; después de *lavar sus pies en la sangre del corazón*, deja muertos los deseos, los pensamientos, las emociones, las rebeldías de su naturaleza inferior, y entonces, resucitando de entre esos muertos, sube por sobre la línea común de la gente de su raza a la resplandeciente excelsitud de los redimidos y de los redentores. Esa batalla se libra en el interior del hombre, entre su carne y su espíritu. En la biografía de algunos santos, en la de los caracteres singulares que se han movido hacia Dios, se renueva el mismo drama, el trance del huerto oscuro y solitario de Gethsemaní con el cáliz que no se aparta de los labios, con las grandes gotas de sangre que, para repetir la tremenda pintura del Evangelio de Lucas, caen hasta la tierra. En este trance, gracias al poder misterioso contenido en un

Voto, o por un sincero llamamiento de la Ley, el Karma latente sale afuera como a una mágica evocación, y se precipita sobre el neófito en el sendero angosto de que hablan los iniciados. Este magnífico drama lo narran, con nombres e imágenes diversas, las leyendas religiosas. Todas las semillas que duermen en el suelo de largos milenios pretéritos, germinan, crecen, decaen en una violenta y maravillosa exhaustación, conforme al grado de voluntad que el neófito aplique, hora tras hora, a su silencioso acendro interno de amor, de alegría, de paz, de tolerancia, de caridad, de fe, de mansedumbre, de templanza. Se recordará que estos son los frutos de oro puestos por Pablo de Tarso en su carta a los gálatas. La razón del drama es sencillo de comprender. Somos dual, esto es, nos recomponen el plano psíquico y el espiritual. Con la materia del primero hemos fabricado nuestros hábitos, idiosincracias, mentalidad, sentimientos, egoísmos, todo cuanto sueñan nuestras vanidades. Norma y vértice nuestro, sentimos allí la embriaguez y delirio de nuestra propia glorificación, hasta el grado de dibujarnos únicos, grandes, radiantes, y por esto mismo como separados, en una contracción suma de soberbia personal, de las otras almas que junto con la nuestra tienen la raíz divina en el mismo surco. Allí, en ese plano, se invierten los valores del espíritu; y con tales elementos, alevos y corruptibles, hemos construido en el transcurso de los siglos un yo hosco, egolátrico, adonde van nuestras ofrendas más caras, a quien nombran nuestras enseñanzas la conciencia inferior, y por su dilatada edad nombra el Apóstol el hombre viejo, el perpetuo transgresor. Cada hombre es ese hombre, contra quien impele Karma, unas tras otras, sus mareas dolorosas. Cuando nace, pero del corazón, el anhelo de vencerlo y someterlo, se inicia el drama terrible, el drama cuyos colores de un sugerente poder magnífico se conserva en la tradición de los pueblos religiosos. El hombre viejo, el yo psíquico, tú, yo, la masa humana ordinaria de ilusión y dolor, se agita, entonces, en resguardo de su imperio que consolidan los siglos, y promueve el hechizo de sus tentaciones, o la cólera de sus turbas aturcidas, contra el anhelo intrépido, contra la voluntad despertada que, por una estrecha puerta, busca en su auxilio la alianza y la espada del espíritu. A medida que el yo fascina o ataca, los efectos kármicos van fundiendo la podre psíquica en sus fuegos vivos; y hay en la lucha sufrimiento tan intenso que muere en las propias raigambres de la vida que hasta entonces hemos vivido. Descifremos, ahora, el símbolo formidable de Gethsemaní y de la Cruz.

No tejemos un sueño místico. Hablamos verdad. Referimos un acontecimiento real, la historia silenciosamente íntima, escrita con la sangre

del corazón, que dice del paso de las almas valerosas hacia la sabiduría guardada en sus cámaras secretas. Y cuando esta sabiduría es nuestra, Pablo nos llama el Hombre Nuevo. En este estado de conciencia se nos nombra también los vencedores del dolor, porque el gran culpable ha sido vencida y restablecida la armonía de la Ley. Y limpio el campo de la cizaña que sembró el enemigo, recordemos al Cristo con su palabra profunda:

*Yo haré nuevas todas las cosas.*



## Los Discípulos

C. R. G.

Los Discípulos de la Gran Fraternidad de los Maestros se dividen en dos grados generales: los que saben que lo son y los que no lo saben. La última clase, naturalmente, cuenta mayor número de miembros, puesto que incluye a toda persona devota y religiosa que deliberadamente trata de vivir una vida más elevada, que cree en alguna de las muchas religiones reconocidas, pero que todavía no tiene un conocimiento consciente de la Logia. Tales personas pueden seguir a un Maestro, como el cristiano sigue a Jesús de Nazareth, y obtener un grado considerable de progreso antes de que conozca la presente constitución del mundo espiritual, su carácter jerárquico, su condición legal, las relaciones que tiene su Maestro con ella. Esto, después de todo, carece de importancia hasta tanto no se llegue al punto en que la falta de semejante conocimiento sería una barrera para el futuro progreso.

La primera clase de discípulos, los que saben que lo son, se elevan desde el hombre ordinario que se convierte en miembro de la Sociedad Teosófica, que aprende lo que se refiere a los Maestros y al discípulo, y que entra en el Sendero con sinceridad y fervor, hasta seres espirituales de la más grande elevación moral, de tremendos poderes, que tienen, poco menos, la misma talla de los Maestros. Todo lo que podemos decir de estos últimos es que no sabemos lo bastante para distinguirlos de los Maestros. Se hallan tan por encima de nosotros en desarrollo, en carácter sublime, en sabiduría y poder, que se funden en la gran masa de vida espiritual, con la que nos es dado ponernos en contacto, pero no segregar ni calificar.

Se presume que hay siete grandes divisiones de estos discípulos, cada una con sus poderes y funciones propias, caracterizada cada una con algún hecho notable en el logro de la conquista del yo. Tenemos que contentarnos con la declaración de que el mayor límite de desarrollo tocante al cual somos capaces de comprender algo, abarca los dos, o cuando más, los tres grados inferiores. Para dar una idea de lo que significa la perfección, existe una tradición de que en un cierto punto del Sendero, tiene lugar una iniciación en la que el candidato se sume en una profunda y prolongada meditación, durante la cual cesan todas las funciones exteriores. Si en alguna parte de su naturaleza queda un sólo átomo de egotismo, de interés o voluntad personal, pasa a otros planos de existencia y nunca más despierta, o torna de nuevo al mundo. Este caso no se debe a un asunto de lucha, o voluntad. El candidato no tiene elección. La Ley obra automáticamente. Por fortuna no se pasa por esta prueba hasta que el discípulo no sea ciertamente bastante capaz. Por lo tanto no tenemos por qué preocuparnos.

El verdadero discípulo, o lo que en Oriente se llama el chelado, principia cuando un hombre entra en consciente comunicación con su Maestro. Antes de esto, es un chela lego, o a prueba, o para emplear términos occidentales, un futuro discípulo. Un santo cristiano puede o no ser un discípulo en este sentido técnico. Ello depende de si ha adquirido o no, al presente, los poderes o facultades que le permiten la consciente comunicación con el Maestro. Este es un asunto de hecho, no de juicio u opinión, y las gentes no pueden considerarlo a menos que posean la misma facultad. Hasta entonces les he dado tener creencias o pareceres sobre la condición de los demás, pero no conocimiento. Importa tratar este tema porque es la esencia del discipulado.

Antes de todo conviene que se entienda claramente que, al yo hablar de la facultad o poder que permite a uno comunicarse con los Maestros, toco un asunto de carácter o elevación moral, más bien que de la adquisición de una facultad o poder. Esto último es el resultado de la conquista espiritual, la recompensa del dominio propio, la primera gran meta de la vida religiosa. Sería un gran error no tener en cuenta esa idea básica en todo cuanto se diga acerca del lado mecánico o descriptivo del discipulado. El discipulado constituye una vida, una condición de existencia o la conversión en algo que no se era antes, y los medios empleados para esa conversión es la conquista del yo inferior. Y este yo, el hombre natural, el viejo Adán, *no puede* ser un discípulo. Tenemos que desembarazarnos de él y convertirnos, hasta cierto punto, en nuestro ver-

dadero yo interno, antes de que el discipulado pueda ser una posibilidad. En otras palabras, el yo interno es el discípulo.

Ahora bien, el yo inferior y el yo interno siempre existen, en esta forma, simultáneamente. De aquí nace la lucha que nos es a todos tan conocida, a cuya cesación sobreviene la paz, sobreviene sólo cuando el yo inferior, como tal, queda eliminado y venimos a ser únicamente el yo interno. Esta lucha por conseguir la victoria dura largo tiempo, puesto que abarca el período que se extiende desde que ocurre el primer despertamiento de vida espiritual, y pasando a través de todos los grados del discipulado, hasta el completo dominio del yo inferior, de su purificación y transmutación, o en una palabra, hasta que cese de existir como tal, aun cuando las fuerzas y poderes que residían en él se convierten en parte valiosa y esencial del yo interno. Se dice que el proceso completo necesita, por lo menos, siete encarnaciones, pero a fin de que esto no motive desaliento en los aspirantes, conviene advertir que cualquiera que hoy en día haga el esfuerzo con la más ferviente sinceridad, probablemente lo haya hecho ya en varias vidas, y cosecha, ahora, el beneficio de previas adquisiciones. El elemento tiempo no se fija. Cada plano de conciencia tiene su propia medida del tiempo, y no es posible disminuir el período requerido.

Otro punto importante que debe tenerse en cuenta se contrae a la relación que existe entre el yo inferior y el interno o espíritu. En artículos anteriores de esta serie, se sugirió que el objeto general de la evolución en este punto de la escala cósmica—y esto quiere decir durante este Manvantara, o manifestación de los mundos de esta cadena—era adquirir la conciencia del yo. Para poder adquirir esta conciencia el alma tenía que verse reflejada en un espejo—su personalidad—en donde observara y estudiara sus propios poderes, dones, cualidades, tal como funcionaban en todos los aspectos de la vida humana. Por lo tanto, lenta, dolorosamente creó la personalidad, la educó y desarrolló y la elevó hasta que pudo manifestar algo, por lo menos, de los poderes que ella poseía: conciencia, voluntad, deseo, mente, emociones, etc. Con todas estas posesiones, y muchas otras, hizo a la personalidad a su semejanza; y a propósito de que fuera completa esta copia de sí mismo, le dió, además, la libertad de elegir entre el bien y el mal, o el libre albedrío. El proceso de creación y formación necesita de la mitad de todo un período de manifestación, y a medida que se desarrolló, el alma aprendió gradualmente a verse tal como en efecto era, como otros podrían verla, a ver sus poderes y funciones obrar normalmente y además ¡ay! perversa y anormalmente. Por-

que la personalidad, dotada de conciencia, una parte de la conciencia del alma, con poderes y habilidades para ejecutar muchas cosas, disfrutando también del libre albedrío, pronto se salió, como si dijéramos, de curso, y principió a violar y desobedecer las leyes de la vida. Ignoro si era necesario que esto sucediera o no. Muy posible que el alma no hubiera adquirido plena conciencia propia sin una experiencia directa y personal y sin conocimiento, por lo tanto, del mal; e posible que no fuera la desobediencia una experiencia necesaria. En todo caso no hay duda de que la rebeldía de la personalidad fue mucho más allá de lo preciso, más allá de los fines del plan universal, y que, de consiguiente, la evolución en la tierra se atrasó muchos cientos de miles de años.

Volviendo de nuevo al alma, poco a poco logró el objeto de todo el proceso evolucionario, esto es: la conciencia propia. Entonces la manera exterior de expansión se detuvo y comenzó a retroceder. Esta parte del universo alcanzó su máxima expresión exterior o inferior y principió a involucionar. El Sendero señaló el regreso del hogar. Las almas de los hombres, una vez adquirida la conciencia de sí, tornaron hacia su divino origen, enriquecidas de nuevos dones. Tenían que deshacer lo hecho, y reabsorber las fuerzas y poderes con que habían dotado a sus personalidades. Tenían que recobrar la personalidad creada para su uso. El discípulo, según lo conocemos, representa sólo una etapa en este viaje, y es de especial interés para nosotros porque constituye la etapa que hemos rendido y la siguiente cosa que tenemos que hacer. He dicho que puede alcanzarse en siete vidas, pero esto no da, en verdad, una verdadera idea del proceso general, porque la masa común de la humanidad necesita de cientos si no de miles de vidas para completar aquella etapa, y hay quienes jamás la rendirán. Quiero decir con esto último que algunas personalidades se vuelven tan malas, tan completamente depravadas, tan destituidas de toda virtud, o gracia redentora, que todas las almas responsables de ellas se ven obligadas a abandonar la obra y a separarse definitivamente, para siempre. Estas almas han fracasado en el cumplimiento de los fines de este Manvántara, y tienen que intentarlo de nuevo en el siguiente período de la manifestación universal. Las personalidades así abandonadas por sus almas, son los reclutas de la Logia Negra, y viven por un tiempo más o menos largo en proporción a la suma de fuerza y vitalidad que retuvieron en el momento de la separación. Gradualmente se van desintegrando en el curso de unas pocas encarnaciones, o pueden permanecer como poderes de las tinieblas, del mal, hasta el término del Manvántara, pereciendo entonces, porque dejarán de

ser los planos de existencia donde funcionan. Por lo tanto, la inmortalidad, considerada desde el punto de vista de la personalidad, no es en absoluto una cosa cierta. Tiene que ganarse por el esfuerzo, el sacrificio, la obediencia. Hay muchos hombres y mujeres sin alma, particularmente en una época como ésta, en que el materialismo abunda, en que el egoísmo, la satisfacción personal, la ambición, resultan los únicos motivos determinantes de las acciones de muchas personas. Se ha dicho, sin embargo, que el alma nunca abandona el esfuerzo de salvar su personalidad mientras ésta retenga una sola chispa de desinterés, de aspiración, de bien, que soplada cuidadosamente, pueda tornarse en llama que consuma el mal.

El alma desciende de lo divino, es un rayo de la Super-alma y su destino final la lleva a fundirse en lo divino. Su Sendero, a ese fin, se abre a través del Maestro que está a la cabeza de su rayo. Así, pues, la unión con el Maestro constituye el ideal de toda alma, de todo discípulo. Porque el discipulado significa sólo un nombre que se da a esa parte de este gran viaje dilatado del alma que regresa a su divino origen, lo que nos interesa directamente. No interesa directamente a la mayor parte de los seres humanos, porque no están preparados para ello. Pero es uno de los hechos de la vida que conviene que el principiante comprenda, porque evitará mucho esfuerzo mal dirigido, muchos desagradados y desalientos. La mayoría de las personas no quieren ser discípulos, no tratan de serlo. Pocos lo tratan de ser. Estas son las que nos interesan y para quienes este artículo se escribe, para quienes este periódico se publica, para quienes se fundó la Sociedad Teosófica, para quienes el movimiento teosófico ha continuado de siglo en siglo. Mas no quiero decir, por esto, que no nos interesa la masa general de la humanidad. Sí nos interesa. Constituye ella nuestro tema constante hasta que también se convierta en discípulo y en discípulo adelantado; pero esto está lejos aun, y hay comparativamente muy pocos que podemos hacer por ella hasta que no logremos el poder y sabiduría de los discípulos adelantados. La única forma práctica de ayudar a los demás consiste en completar nuestra propia regeneración lo más pronto posible. Esto también lo debemos tener presente. No pretendo afirmar, desde luego, que carecemos de capacidad para trabajar en beneficio de los otros hasta que no seamos discípulos aprovechados. Sería ir demasiado lejos. Cada quien puede y debe ayudar a los que se hallan en condiciones inferiores en la escala evolucionaria. Esta clase de servicio representa una ley de la vida, una de las reglas fundamentales del discipulado mismo;

pero, no obstante eso, para servir eficazmente necesitase saber cómo y tener el poder de hacerlo. Por lo tanto, el primer deber del discípulo estriba en adquirir ese conocimiento y poder necesarios.

Antes de esto, aun cuando nuestras intenciones son excelentes y la ley las toma en cuenta, nuestra acción, entonces, puede igualmente hacer tanto bien como mal, y la ley benéfica y compasiva necesita venir a corregir y reparar el daño, impidiendo que nuestras bien intencionadas estupideces ocasionen un perjuicio positivo a aquellos a quienes tratamos de servir. Existe un período en que inevitablemente perdemos toda confianza y en que no hacemos, por temor, absolutamente nada en el sentido de ayudar a los demás.

Como ejemplo, tómese al día, los establecimientos completamente recientes de obreros, llenos de un deseo altruista y genuino de ayudar a los demás, y convencidos, a fondo, de cómo hacerlo, puesto que han aprendido lecciones de filantropía, economía, ciencia social. Se encuentran plenos de teorías y prejuicios. De aquí que lo primero que necesitan aprender es que realmente no saben nada, y que muchas de las cosas que ejecutan perjudican, de modo positivo, a aquellos que con tanto entusiasmo se esfuerzan en ayudar. Imposible lograr que de mil, novecientos noventa y nueve comprendan esto. Ven a hambrientos, y difícilmente conciben de que pueda ser impropio alimentarlos. Y citan los preceptos: alimenta al hambriento, visita al enfermo, consueta al afligido. Asunto complicado éste que tal vez esté en aptitud de explicarlo mejor valiéndose de otra analogía de significación opuesta. Consideremos la agricultura, profesión de las más antiguas y extensas. Es también una en la que el hábito, la costumbre, los métodos heredados y anticuados tienen su más libre preponderancia. Hasta hace muy pocos años no se había dedicado al problema sino una escasa atención. Pensaba el agricultor práctico que le bastaba lo que sabía. Ahora tenemos escuelas y colegios que enseñan científicamente la agricultura, muchos buenos libros sobre el asunto, y una rápida y creciente masa de conocimientos que están a la disposición de los que quieran aprender. La mayoría de los agricultores se hallan contentos en continuar sus viejos métodos, y se burlan del nuevo conocimiento y del cultivador que lo adquiere. Demos el caso de que uno de ellos llegue incidentalmente a comprender, sin embargo, su ignorancia, y comienza a investigar. Pronto se da cuenta de que hace, poco más o menos mal, todas las cosas. El primer sentimiento que le acomete es el de paralizar, de ser posible, el trabajo, e ir a la escuela hasta aprender a desempeñarlo eficazmente, pues de no cumplir este programa, con

tinuaría privando a la tierra de elementos necesarios que le costaría muchos años de costosa labor restituir. Este representa al que quiere ser discípulo, despierto recientemente. Comprende que no sabe lo bastante para realizar un buen trabajo; y por lo tanto, durante cierto tiempo, hasta saber más, limita sus energías a la adquisición de conocimientos; y a medida que empieza a entender los pocos principios fundamentales, ensaya prudentemente sus primeras tímidas experiencias, cobrando confianza en proporción al aumento de experiencia. Ahora bien, no porque esto sea así y porque constituya un correcto proceder de parte del labrador excepcional, podemos hacer la observación general de que todo cultivo debe abandonarse hasta que todos los labradores se ilustren en su profesión. Es mucho más conveniente para la extensa masa de ellos continuar su trabajo lo mejor posible, aplicando sus viejos métodos dispendiosos y deficientes, antes que abstenerse en absoluto de todo. Así también con los socialistas. El excepcional que entre ellos se muestre capaz de adquirir métodos superiores, se le enseñará la verdad, se tratará de que comprenda su ignorancia y el perjuicio que ocasiona, y la conveniencia de la cesación de la activa faena hasta que haya cumplido el aprendizaje. Pero al mismo tiempo es muy correcto, muy justo, de acuerdo con la Ley Divina que la mayoría de tales socialistas continúen desempeñando su tarea lo mejor posible, realizando sus ideales aunque estrechos y sus métodos aunque errados. Ambas cosas, verdaderas y correctas, no se contradicen como a primera vista podría aparecer el caso. La vida espiritual abunda en semejantes paradojas, pues estamos continuamente considerando sucesivas significaciones de conocimientos, a cuya luz, cosas verdaderas y justas para unos no lo son para otros. El único criterio definitivo es que cada quien se siga por su visión de justicia. Es cuanto esperan y reclaman, de los hombres, el Universo y sus poderes espirituales.



## Fragmentos

Por Cavé.

### III

De todos los misterios de la vida humana el más profundo e incomprendido es el misterio del dolor. Para muchos de nosotros constituye el misterio de la vida misma, y ciertamente será el último que penetraremos, porque aquel que lo comprende supera al hombre y está atravesando los umbrales de la Divinidad.

Los tipos humanos más selectos y superiores son, de ordinario, aquellos que han encontrado el dolor más difícil de comprender. Juzgan al mundo físico a la luz de su propia compasión, y se alarman penosamente de la enorme suma de miseria que el Poder Divino o la Ley permiten, seguros de que si ellos pudieran, no la consentirían ni un instante. Así, pues, rechazando el lado superior de sus naturalezas semejantes contradicciones e inconsecuencias, muchos han rehusado, con los mejores motivos, creer en una Providencia directora o en una futura existencia, y de aquí su entera consagración al mejoramiento de las presentes condiciones. Lógico y natural; y un incesante por qué viene elevándose en todos los siglos desde los corazones afligidos y desde las mentes turbadas. Y hasta ahora parece que los cielos no han respondido, y que todos los adelantos de la ciencia, todos los progresos de las artes y de las industrias han errado al tocar las causas de nuestra perplejidad. ¿Qué respuesta tenemos para esta pregunta tanto tiempo incontestada?

No hay mucho que decir, porque las palabras sólo se contraen a la mente, y la mente carece de medios para sondear las profundidades del espíritu. No dudo, sin embargo, que la verdadera respuesta brilla escrita con grandes caracteres en toda la creación, pero en geroglíficos desconocidos por nosotros hasta hoy, puesto que su piedra de Rosetta permanece todavía sin descubrir. El hombre tiene rendida una larga jornada en el camino de la evolución, pero comparándola con lo que falta, aparece como nada el espacio ya recorrido. Si nos diéramos cuenta de ese hecho, obtendríamos una paciencia más firme y una esperanza mayor.

Nunca han faltado indicaciones acerca del modo como debe buscarse la solución de nuestro problema, y los de intuición despierta que las han percibido y seguido, encontraron evidentemente algunas significaciones y aclaraciones, y han dejado mensajes cuyo sentido, con todo, aparecen

tan enigmático a los inteligencias ordinarias como el misterio mismo. No obstante, consideremos con simpatía, y por cortos momentos, algunos de ellos. Lo que puede hacer más difícil nuestra tarea es que los errados conceptos previos añadan a la confusión su contingente. En los primeros días de la Iglesia cristiana, por ejemplo, los hombres creyeron comprender la significación de algunos de aquellos símbolos, de suerte que obraron, respecto de ellos, con el entusiasmo de su joven fe, sólo para descubrir más tarde cuán equivocados se hallaban; y, por tal motivo, los mismos símbolos vinieron a participar del descrédito y ridículo de su falsa comprensión.

Debemos, lo más posible, tratar de despojarnos de prejuicios, y permitir un fresco soplo de elevadora inspiración que anuncie el advenimiento de la aurora. Lo primero que parece surgir, de manera invariable, de aquella masa de testimonio, tanto por su alarmante naturaleza como porque todos están de acuerdo en ello, sean cuales fueren las otras diferencias que pueden existir, expresa una cabal contradicción, nada menos que esto: el Dolor es Alegría. Pocos se dispondrán a seguir en una línea de investigación cuyo primer enunciado, en su esencia y forma, resulta, por completo, tan ilógico. Y, sin embargo, tal la dirección por donde debemos ir, la indicada, sin vacilar, por los santos, los profetas, los mártires, los videntes de todos los tiempos y de todas las religiones.

Estudieemos la naturaleza del hombre. No diferimos en cuanto su dualidad, cualesquiera que sean las otras distinciones que aceptemos o no, y esta dualidad se manifiesta por su elevada e inferior naturaleza, por lo que tiende al bién y lo que tiende al mal, o como dicen otros, por el espíritu y la carne. Estas dos naturalezas parecen hallarse en incesante oposición y constituyen un verdadero campo de batalla, cuyo resultado, de la índole que sea, se ofrece sin interés para muchos. Pero dada esa dual naturaleza ¿no será posible que las experiencias y emociones de la vida produzcan efectos igualmente divergentes de uno y otro lado, y que lo que es Dolor para la una, es para la otra Alegría?

No están dispuestos a admitir esto los que carecen de experiencia sobre la vida espiritual; y, con todo, tienen la significación del testimonio de todos los santos, a menudo expresado en subido colorido y lenguaje extravagante, con figuras tan exageradas de retórica que resultan grotescas a nuestros más expertos oídos. Y no obstante ello, murieron centenares, y murieron alegremente; y merece tomarse en cuenta, no importa lo que pueda ser su exterior expresión, la fe que permite a un hombre elevarse sobre una lenta tortura y sentir goce en ella.

Una cosa parece cierta: de que antes de la posibilidad de semejante estado se requiere un pleno cambio de todos los puntos de vista ordinarios de la vida y de la felicidad; porque sirve de testimonio a esto la larga lista de santos en cuanto a que cada uno de ellos *eligió* el sufrimiento y lo abrazó ansiosamente como el dón más precioso dado por Dios al hombre. "El dolor es necesario a la santidad" escribe uno. Dice otro: "Como el querubín, el sufrimiento lleva a Dios que es llevar la luz misma... el alma que persevera en su paciencia es, tarde o temprano, dotado de un poder maravilloso, y termina convirtiéndose en invencible". Esto indica, desde luego, que el Dolor constituye el despertador e iniciador de la vida más elevada, el medio por el que adquirimos los dones de la vida espiritual, la ayuda por la que nos redimimos de lo que simbólicamente llamamos "carne"; y de este modo entramos en un estado superior de conciencia, en una plenitud de poder e iluminación que nos da la alegría de la bienaventuranza.

Hoy, este divino éxtasis, esta alegría del Dolor, se considera mórbida; sin embargo todos los grandes instructores la inculcan con su vida y su doctrina. ¿Somos, acaso, nosotros más sabios que ellos? La sombra de la Cruz cae sobre la vida humana, y por la voluntad divina así permanecerá hasta que los hombres acepten su significado. Entonces sabrán que, en verdad, era una sombra producida por el resplandor que brota del mundo espiritual. Supongo imposible para cierta clase de naturalezas comprender lo tan conocido entre discípulos de cierto grado: que el deleite del sacrificio es tan grande que necesitan cuidadosamente ser apartados de él, para evitar que lo consuman por gozo antes que impersonalmente, y así crezcan en vicio más bien que en virtud.

Nos mostraríamos prudentes si nos diéramos cuenta de que nuestro punto de vista radica en la materia, o que juzgamos la Alegría y el Dolor según la carne, no según el espíritu, pues entonces avanzaríamos un importante paso hacia una apreciación mayor de nuestra dificultad. "Nosotros que gritamos y nos lamentamos, cuando Dios nos toca severamente, cómo comprenderemos a San Juan de la Cruz cuando nos dice que debemos amar la tribulación más que todas las cosas buenas, y hallarnos satisfechos en los sufrimientos de Cristo, y que hay almas que pasarían gustosamente por las agonías de la muerte para entrar más hondamente en Dios. Así, es una bendición saber que tales deseos son posibles al hombre". Y si está al alcance de un hombre, por qué no de todos, de tí y de mí? En ese pensamiento se esconde una inspiración, un sonido semejante a las puertas que se abren de la prisión, un relámpago del Cielo.

¿No representará esta parte de nuestra herencia, la herencia de los santos resplandecientes, parte de ese maravilloso conjunto de sabiduría y poder a que conduce el proceso gradual del tiempo, no de sombra en sombra, sino de gloria en gloria, preparado para nosotros por un Amor y una Sabiduría que se dilatan más allá del entendimiento nuestro? De seguro que los designios de Dios hacia la humanidad serían insignificantes si pudiéramos comprenderlos.

La Alegría, tal como la conocemos, muestra una bella cosa color de iris, hecha de un rayo de sol en la neblina, que ni podemos tocar, ni dominar en lo más mínimo, y que en cualquier momento se desvanece ante nuestra mirada complacida, para nunca volver. No constituye esto un objeto digno de un alma inmortal. Aceptemos, si así lo deseamos, los sueños y mirajes hermosos, ya que forma parte de nuestro deber, en verdad, anotar y apreciar cada experiencia que la vida nos envía, sabiendo que cada una de ellas trae un mensaje para nuestra instrucción y elevación.

Pero no las llamemos Alegría, ese nombre sagrado que encierra la esencia de Dios mismo, símbolo de nuestra deífica herencia, promesa de infinita satisfacción en nuestro anhelo por ella, y cuya divina nostalgia lleva nuestra esperanza más preciada.

• • •

Las relaciones entre el Maestro y el discípulo, y la educación y lucha a lo largo del sendero que conduce a las alturas del adeptado, tienen un interés profundo. Sugieren pensamientos que sirven a las mentes, en las fiebres e inquietudes de la vida, a manera de sitios de reposo, frescos y sombreados, o de un sorbo de agua para los labios sedientos. Pero aunque muchos buscan fielmente, los más sinceros participan del descuido común de la época, y no advierten, cuando lo encuentran, el mismo indicio que han perseguido tanto tiempo. Así, pues, no es para los que comprenden, sino para los que no comprenden, para quienes escribiremos constantemente, confiando en que, de ese modo, puedan percibir una nueva presentación, en que resuene en sus oídos internos una "nueva voz que clama en el desierto". Mucho se nos ha dicho sobre este asunto, pero poco comprendido. Su incomprendibilidad depende, a menudo, de lo extraño del tema, también porque está escrito en ese lenguaje interno, lenguaje del alma, que muy contados se hallan en aptitudes de leer, y casi imposible de traducir al habla del día. Porque el verdadero lenguaje consiste en vibraciones e imágenes, y nuestra habla ordinaria constituye una cosa de forma fija y de memoria. De suerte que cuando intentamos expresar

en palabras asuntos elevados, éstos pierden su vida y significación, y vienen a ser tan fríos y muertos como las palabras que los contienen, sin ningún poder de energía, desprovistos de toda posibilidad de despertar al alma. No obstante lo dicho, la continua súplica es porque estos asuntos se expongan claramente, ajenos a fantasías, reducidos hasta a una fórmula matemática. Y en efecto, existe la posibilidad de su expresión en términos y figuras matemáticas, pero en aquellos planos y divisiones de las matemáticas donde los estudiantes deben ejercitar los más elevados poderes de la imaginación, una facultad que han poseído en alto grado todos los grandes matemáticos. Así, repito, la traducción del lenguaje interno en lenguaje ordinario resulta tan difícil como poner una proposición de Euclides en palabras adecuadas a la comprensión de un niño. A lo más a que aspiro, por lo tanto, se reduce a aproximarme al caso, sin que se olvide que las palabras más claras son las más faltas de espíritu. Pero desde que la necesidad existe se impone el esfuerzo para llenarla. Y nada se pierde si ese esfuerzo falla, pero logrará sus fines si una sola alma se acerca más a los Protectores de la humanidad, u obtiene una visión más amplia de la vida, a la cual todos, al cabo, serán conducidos, o una visión más amplia del sendero que todos a su tiempo pisarán.

El chelado tiene dos divisiones llamadas el "chelado a prueba" y el "chelado aceptado". Estos términos servirán como cualesquiera otros. También el "chelado a prueba" tiene dos divisiones principales, efectos de dos estados de meditación. De modo que lo primero en tratarse versará sobre el tema de la meditación. No sospecho en toda la amplitud del pensamiento y del estudio teosóficos ningún asunto de mayor importancia que éste, y a la vez tan poco comprendido. Se le define como la "cesación de la actividad externa del pensamiento". Esta cualidad parece a muchos una absoluta negación, porque la mayoría de la gente vive en su cerebro, identificados con su propia conciencia, incapaces de concebir una condición exclusiva de cierta clase de actividad mental. Claro se muestra para tales personas el primer paso: deben aprender a meditar. Y, así, mucha importancia se le da a la meditación diaria, porque hasta que un hombre no medite diaria y regularmente no puede seguir adelante. En esto descansa el principio del chelado, y en lo que de esto se desprende. El primer esfuerzo, pues, ha de ser elegir un tiempo fijo todos los días, y concentrar la mente sobre alguna cosa, algo de naturaleza espiritual y elevada que dé alimento al alma, aun cuando en el principio esto presentará, más que otra cosa, el caso de una *disciplina*

*mental*, porque se dificulta la absoluta reconcentración de la mente, para la que se requiere, de ordinario, mucho tiempo, perseverancia y paciencia. Pero cuando semejante requisito se cumple, cuando el hombre, a causa de su práctica diaria, aprende a concentrar su mente sobre un objeto dado, logra durante su período de meditación ese estado consciente de la verdadera meditación, esto es, "la cesación de la actividad externa del pensamiento". En esta condición se maneja a la mente como un instrumento, quedando separada la conciencia del hombre. De esta suerte el hombre adquiere un *estado superior de conciencia* que, cuando se convierte en hábito, le permite entrar en comunicación con los Maestros, y con todos los que funcionan en los más elevados planos del sér. Al principio aprende a desempeñar esta tarea en tiempo determinado; y gradualmente llega, luégo, a desempeñarlo siempre, de manera que, en el verdadero sentido, medita constantemente. El legítimo centro de la conciencia no se pierde jamás, no importa de qué modo sean empleados el cuerpo o la mente. Esta se convierte en instrumento, y en vez del hombre identificarse con su naturaleza, conduce su actividad sin que se pierda la conciencia del verdadero "Yo" sobre ella.

Este estado de continua meditación constituye el segundo grado; porque cuando el discípulo lo alcanza encuentra a su Maestro esperando, y, por lo tanto, llega a ser un "chela aceptado". Bajo el título del "chelado a prueba" no he discutido la purificación, porque creo que va unida a ese grado como un *sine qua non*, y nada hay que lo pueda conseguir tanto como la meditación. "Conforme piensa un hombre así viene a ser". Brota del corazón la virtud sobre la cual se medita. Si se medita sobre el Maestro nos convertimos a su semejanza, a la semejanza del hombre perfeccionado. Y ninguno cuyos pensamientos discurren puros y altos siempre, incurrirá en la culpa de actos mezquinos, ni bajos, ni pecaminosos. Por lo tanto, los dos esfuerzos de la meditación y de su práctica, o el de vivir lo que se piensa, constituye la *preparación para el chelado* o el grado probatorio. Y todo esto tiene que lograrse *completamente solo, sin ayuda alguna*. Conforme el niño debe aprender a comer y a alimentarse por sí mismo, aunque en toda circunstancia lo ayudaría y salvaría el amoroso cuidado que lo rodea, lo mismo ocurre con el neófito en ocultismo (a quienes San Pablo llamó "los niños en Cristo"). Hay ciertos pasos que el neófito debe dar solo, ciertas cosas en las cuales ninguno puede ayudarlo, por grandes que fueren el amor y la compasión que anhelarían prestarle auxilio. Y por causa de que, mientras esos pasos no sean dados, ni ejecutadas esas ciertas cosas por sólo el neófito, el

Maestro no podrá hacer nada en su ayuda, tiene que realizarse su completa significación, y afrontarse y aceptarse. Porque no llegaremos hasta los Maestros en tanto que no penetremos su plano. Al penetrarse, hallamos al Maestro esperando.

Y esta no es una figura de retórica como algunos lo han creído. Cuando se llega hasta el propio Espíritu, se llega, en verdad, hasta el Maestro, porque el "Espíritu-Maestro es uno", y del Espíritu se habla, a menudo, como del Maestro. Y los Maestros son hombres vivientes, que enseñan y educan regularmente al chela, en la forma que un preceptor educa a un discípulo cualquiera. Por tal motivo se necesita de la fe. Porque con dificultad se obtiene comunicación con aquellos de cuya existencia se duda, y después de cierto punto el auxilio y enseñanza del Instructor interesan esencialmente para el ulterior desarrollo espiritual. Hasta que este punto no se conquiste, el hombre tiene que trabajar solo, dependiendo, de modo exclusivo, el tiempo de esa labor del que necesita para adquirir las condiciones indicadas. Aun a riesgo de aparecer fastidioso debo repetir esto una y otra vez, porque *nadie* muestra comprenderlo, y todos, por ello, se lamentan de uno u otro modo, lo que no harían si reconocieran lo inevitable del caso. Por consiguiente, este sendero es, en verdad difícil, porque al formularse la primera petición a la Ley, al realizar el primer esfuerzo hacia otra vida, ciertas pruebas de seguro, saldrán al encuentro. Esa petición y ese esfuerzo originan dos inevitables resultados. Por una parte el chela despierta toda su naturaleza, cuanto tiene en ella, de malo o de bueno, lo atrae a la superficie; y así se encuentra asediado por centenares de faltas y tentaciones que nunca conoció anteriormente. Por otra parte, su petición a la Ley atrae a la Ley sobre sí. Antes de que adquiera la condición de chela aceptado, su Karma anterior debe descender sobre su vida y exhaustarse moderadamente. De modo que en el momento preciso de su esfuerzo por observar una condición mejor y más pura, provocará sobre él tribulaciones, dificultades, tristezas y cargas de toda especie; y en medio de este conflicto y de esta lucha es cuando debe aprender por sí mismo, sin ayuda, el dominio de la mente y del corazón, y entrar en ese estado más espiritual conocido como continua meditación.

Bienaventurado el que prosiga, sin flaquear, hasta el fin. Tal la Ley justa y misericordiosa; y fácilmente se ve que debe ser así y no de otro modo. En el curso gradual del tiempo, en la ordenada progresión de las edades, todos sabrán y adquirirán esas condiciones, lentamente, paso a paso ascendiendo la escala de la vida. Pero aquel que, a viva

fuerza, resuelve recoger su herencia ahora, debe esperar tan sólo un fiero combate, porque toma de un golpe lo que logran otros en una labor de siglos.

Poco se ha dicho del chela aceptado. ¿Y qué necesidad hay de eso? El maestro instruye a sus discípulos entonces, y aquellos que permanecen fuera de ese estado, se mostrarían prudentes si se ajustaran a las necesidades y aspiraciones de su propia condición. Los libros orientales nos hablan de cuatro divisiones, y las nombran. Después que se pasan, es el hombre "más que hombre", y si elige bien en el gran día de elección, entonces la voz inarticulada de toda la naturaleza romperá en mil tonos para pregonar: "REGOCIJAOS, OH CRIATURAS DE MYALBA. UN PEREGRINO REGRESA 'DE LA OTRA ORILLA'. UN NUEVO ARHAN HA NACIDO".

• • •

Vida y esperanza inmortal son la tónica de la Teosofía. Nuestras verdades más claramente definidas son el eterno progreso y la eterna alegría. Cuando nuestros libros hablan del sensualista, o del hombre de mundo, pintan este sendero de esfuerzo como uno de angustia, y ciertamente tal será para él hasta que despierte a la vida su naturaleza superior. Y lo pintan de ese modo, no para traerlo a su seguimiento, sino para prevenirlo, invitándolo a esperar hasta que el eterno progreso de las edades lo eleve a otro deseo y a otro sentido de la vida. Puede parecer duro decirlo, pero toda esa angustia y agonía pertenece al verdadero novicio, a quien aun no ha dado su primer paso. Se nos aconseja "crecer como crece la flor, inconscientemente, pero ardiendo en ansias por abrir su alma a la luz", y no por un doloroso proceso de desarraigamiento. Esta agonía es un "eterno fantasma de horror" que hemos construido nosotros mismos. Lo real significa "fe, esperanza, amor", el "canto de la vida". La vida misma habla, y nunca está silenciosa. Y su lenguaje no es, como tú, que eres sordo, puedes suponer, un grito, sino un canto".

Triste, sólo lo efímero. Todas las cosas brevemente vividas llevan en sí el seguro signo de lo percedero. Confortémonos con ese pensamiento en nuestras tristezas; y a la Teosofía se le comprende erradamente si se le atribuye enseñar que el dolor es ilusión. Es sombra de la realidad que es Alegría.



# Cartas que me han ayudado.

## Vol. II.

W. Q. Judge.

*(Compiladas por Thomas Green y Jasper Niemand).*

---

### IX

No sé qué escribir porque me he mantenido ocupado con la gente. Tengo ansiedad con motivo de mis conferencias no preparadas todavía. Naturalmente no puedo contestar a muchos de sus argumentos, porque guardo mis reservas, y por esta razón no les contestaré. Y en efecto, me doy a pensar con frecuencia cuán delicioso sería no hablar ni escribir. No soy persona competente en la fabricación de esas frases finas que tanto gustan. Por supuesto que eso no altera mis verdaderos sentimientos, porque los niños son niños y no hacen, de ordinario, otra cosa que niñerías. Deseo olvidar y perdonar a todos estos niños y a todos esos actos de niñerías. Hagámoslo así, probemos lo más posible que somos hermanos verdaderos, acercándonos de este modo, a la verdad. Y por medio de semejante esfuerzo venceremos al enemigo del Maestro: por el incesante esfuerzo silencioso.

Espero todavía que salga usted, tarde o temprano, mejor y más fuerte. Sé que así sucederá y de ningún modo lo veo muerto. Alienta usted menos esperanzas para sí que para otros. Pero, en cambio, posee usted la voluntad, el ardor de luchar hasta el último momento. Quisiera verlos a todos para infundirles un poco más de espíritu, es decir, hablar tan sólo con ustedes, puesto que ustedes no necesitan mucho de valor...

Frecuentemente yo le oigo a El ahora. Aquella terrible enfermedad me despejó. Me dice que debe evitarse el mucho apuro. Y que no debo dejarme arrastrar por la corriente. Me pide que le diga a usted que usted posee una rapidez natural que importa que sea guiada por usted mismo y que el mejor método consiste en esperar después de una carta y en dormir sobre un plan. Dice también El ... (no estoy consciente de esto, pero El debe saberlo) que alimenta usted un deseo sutil de ser el primero en promover o proponer un buen plan o acto. No permita que ese deseo lo arrolle, sino proceda despacio en este sentido. Creo eso un buen consejo, por la razón adicional de que uno puede algunas veces percibir un plan del cerebro de otro.

Veo que los grupos se están reuniendo. Continúe y trate por todos los medios posibles de que no se formen partidos, y que sólo una buena persistente lealtad y trabajo sea el motivo principal. *Y no aparte a nadie de su corazón.*

Debo pedir una actitud más serena en este tiempo. Es absolutamente necesaria.

Una palabra de afecto a...? La he enviado. He enviado muchas. No las he enviado a manera visible simplemente, sino de la otra manera. Que podría decir? No sé. En lo que envié puse todo mi corazón. ¿Cierto que... está conmigo y por mí? Cómo uso palabras cuando lo que tengo comprometidas son las propias fibras de mi corazón? Cuál entonces fuera la utilidad de mi filosofía si cuando parecía tan cerca la muerte de... yo sólo hubiera cumplido el lujo de meras palabras? Eso no puedo hacerlo. Si trato de hacerlo, entonces resultan las palabras simples tonterías, mentiras o cosas irreales, porque no lo puedo hacer, no obstante lo fácil que parece a otros. Nuestra verdadera vida no radica en palabras de amor, de odio o indiferencia, sino en las ardientes profundidades del corazón. Y en esas profundidades está... y estaba. Se podrá decir más? No, imposible. Y hasta esto mismo es poco y mal dicho.

Cierto que cada vez más el efecto de mi filosofía se afirma más en mí, como la suya en usted, y así con todos nosotros. Esto es ver con mis propios ojos a más de lo que oigo en boca de otros, tocante al mismo asunto. ¡Qué mundo y qué vida! Sin embargo, nacimos solos y tenemos que morir solos, salvo que en el Espacio Eterno todos somos uno y nunca desaparece la Realidad Unica.

La ambición sube poco a poco. Sube cada vez más alto, y destruirá todas las cosas, porque los fundamentos son débiles. Al fin el Maestro vencerá. Tomemos, pues, hondo aliento y afiancémonos en donde estamos. Y no precipitemos nada. La eternidad nos acompaña en todo tiempo. No hallo la manera de expresar cómo torna mi corazón hacia todos ustedes. Usted sabe esto, mas una palabra bastará: *Confianza*. Esto fue lo que dijo H. P. B. ¿No lo sabía ella, acaso? Quién se alza más grande que nuestra antigua y valiente "Viejecita"? Ah, si ella estuviera aquí, qué estrago! Deseo saber, de cualquier modo, cómo ella, o él, o quien sea, considera este asunto. Y supongo que sonreirán ante todas nuestras luchas.

Además, entre la tempestad y la bonanza, el calor o el frío, cerca o lejos, entre amigos o enemigos, es la misma la Obra Unica.

## X

Mi querido compañero:

Recibí su larga carta y también su aviso. Todo cuanto puedo decir de ella es que viene grandemente espléndida, maravillosamente precisa. Y permítame, ahora, que le devuelva este aviso... que le probaré que no se halla usted estacionado... Esta muy bien que úno se encuentre dentro de la rápida corriente de la catarata, como según afirma usted, estoy yo, pero qué importa eso cuando no percibo un aviso como el que usted me da? Gracias. Significa una llamada de trompeta surgida del pasado. Tal vez le enseñé eso mismo en algún tiempo y ahora me lo devuelve. Cuando escribí en mi carta que, en igual período, podía hacer más en el Kali Yuga que en cualquiera otra edad, expuse todo lo que usted dice aunque ignorando que lo había hecho. En esta oportunidad, una clara luz se vierte sobre el asunto y lo veo patentemente. Pero no tema. Ha llegado usted a serme tan familiar que me permití dejar escapar algunas de las cosas que de vez en cuando siento. Pero le aseguro a usted que no permito que se me presenten siempre así. Ciertamente que ha demostrado usted que su lugar está "donde el largo rollo lo encuentra esperando".

¿No empieza usted a comprender más y más las cosas? ¿No percibe usted las cosas sin que haya quien se las diga?

Mi amigo Urbano me ha mostrado una carta de ... quien, hallándose a oscuras a consecuencia de varias causas, no percibe luz alguna. Esto parece simplemente, le dije yo, el cuadro del desaliento. Sabemos que la luz nos queda delante, y la experiencia de otros nos demuestra que la hora más oscura precede al amanecer. Le dije también que las almas fuertes se prueban, de ese modo, invariablemente, porque avanzan en la senda hacia la luz. En el *Epico Finlandés* se habla de horribles serpientes y de brillantes lanzas que custodian a cierto lugar. Y así es en efecto.

Pero aunque tal es la verdad, también tengo que decirle que debe, en lo posible, ensayar el intento de mejorar las circunstancias. Haré claro lo que quiero decir. El vive ahora como usted, en medio de gente de creencia opuesta. A su alrededor viven elementales que, si pudieran, inculcarían la sospecha y la desconfianza hacia aquellos que él reverencia; pero como no logran esto, tratarán de causar males físicos o de agravar presentes males. En su caso, estos elementales han conseguido parcialmente producir oscuridad... Pues bien... aunque no se encontrase exactamente en ese caso, mientras continúe enfermo lo rodearán los que in-

teriormente deploran sus creencias... y por esta razón los elementales existen allí y riñen con los de... trayendo la desesperación y disminuyendo la fuerza, etc. Y digo... que esas circunstancias conviene que se mejoren de vez en cuando; porque sé que, trasladado a otro lugar propicio, se restablecería inmediatamente. A este fin le he escrito para que proceda a un cambio tan pronto como pueda.

Importa altamente que no se responda a los ataques. Procure que la gente se consagre a la obra desatendiéndose de las hostilidades que reciben. Las fuerzas opuestas provocan la tensión de los nervios, a propósito de irritarnos a algunos o a todos para que contestemos con enojos y nos precipitemos en nuevas locuras. Trate tan sólo de perfeccionar el trabajo ya ejecutado, de organizar otros nuevos y de infundirles energía. De otra manera quedarían nulas las influencias benéficas producidas por todos los miembros de la Sociedad Teosófica.

Anime a... y desde el punto de vista suyo, indíquele cómo distinguir entre la inteligencia y la mente espiritual. Enséñele el medio de descubrir su voluntad espiritual y de deponer un poco la actitud mental que asume a menudo. No cite los ejemplos particulares de sus propios errores, sino detalles de su propia experiencia interna. Le hará provecho.

Los Upanishads: "subsistiendo" significa aquí no que el yo *existe* por razón de la comida, sino que, a manera de manifestación, produciendo la visibilidad del cuerpo y permitiéndole funcionar, este yo subsiste en aquel estado por medio de la comida que emplea. Realmente esa traducción aparece invertida y debe leerse a mi entender, así: "El yo existe próximo al corazón y engendra la existencia del cuerpo por causa de la comida que toma para su subsistencia". Continua referencia se hace al principio de que si el yo no estuviera allí, el cuerpo no existiría. Sí: también significa que el yo procura aires vitales de la comida cuya asimilación se realiza por la vida única. Porque sabe usted que si no tomáramos alimento moriría la unidad material de la trinidad, siendo el yo defraudado en sus esperanzas, y entonces tendría que conseguir otro cuerpo para probar de nuevo. Porque ¿no se le permite a cada persona formar un hábito o un carácter en esa unidad material que le sirve de medio al ser encarnado para conocerse a sí mismo? Esto logrado no viviremos, entonces, a la manera de otras personas; pero, aun en este caso, el yo debe subsistir mientras se manifieste por el alimento, aunque este alimento sea de diferente condición, correspondiente al nuevo estado. Hasta los Devas subsisten por medio del alimento. Usted sabe que "ellos entran en el color, o sonido, o sabor del sacrificio, se elevan en ese color

etc., y por él viven". Vigile las palabras... querido. Son trampas. Atrape ideas que yo comprenderé por el contexto que no están comprendidas en las significaciones ordinarias.

Estoy lleno de trabajo, pero también de valor, y siento la ayuda que me llega del debido lugar.

Adelantamos de grado en grado, de año en año. No importa quién o qué nos atraiga exteriormente. Somos todos pertenecientes al yo.

Por siempre, y después, suyo.

## XI

A . . . . .

Hay un párrafo en una carta que no está explicado por J. Niemand y que, sin embargo, necesita de explicación, por ser la consecuencia de una errónea idea suya. Pregunta usted: "Puedo ayudar a estos elementales ignorantes dándoles instrucción mental? Lo he ensayado, pero sin éxito".

En todos aquellos casos producidos por los elementales, usted *no puede*. Los elementales no son ignorantes. Saben justamente lo poco o mucho que usted mismo sabe, y la mayoría de ellos sabe generalmente más. Ignora usted que son reflectores? Simplemente reflejan o la propia mente de usted, o la estrata mental producida por la época, la raza y la nación donde se revive. Su acción es invariablemente automática e inconsciente. No se preocupan por lo que usted llama "instrucción mental". No le escuchan.

Sabe usted cómo oyen ellos y el idioma que entienden? No es el lenguaje humano ni tampoco el pensamiento ordinario contenido en el discurso mental. Esto es para todos ellos letra muerta.

Sólo se comunican por medio de las correlaciones de los colores y de los sonidos; pero mientras usted se dirige a ellos, los pensamientos toman la vida de los elementales que se precipitan e integran en los tales pensamientos.

No trate, por lo tanto, de hablarles demasiado, porque les haría saber que pueden requerir de usted algún favor o privilegio, o vinieran a unírsele, puesto que para hacerlos comprender necesitan *conocerle*, y una placa fotográfica no olvida.

No los tema, ni retroceda ante ellos con horror ni antipatía. El tiempo de la prueba debe cumplirse. Job tuvo que esperar el término de su

periodo hasta que desaparecieran todas sus calamidades y amarguras. Antes de ese tiempo nada pudo hacer.

Mas, no hemos de permanecer de ociosos ni impacientarnos. Hemos de sufrir estas pruebas, atrayéndonos, mientras tanto, nuevos y buenos elementales para así tener, según la frase occidental, un fondo sobre el cual girar una vez que el tiempo de la prueba haya pasado completamente.

Niemand ha explicado bien los otros puntos. Lea ambos conjuntamente.

Por último, conozca esta ley escrita en los muros del templo de la sabiduría:

Has recibido, da generosamente. Una vez que has consagrado los pensamientos de tu vida a la gran fuente de energía a que son, al igual, conducidos los elementales y las almas, y que origina la pulsación de nuestros corazones, no puedes nunca pretender que retrocedan. Busca, pues, esa devoción mental de dar esforzadamente. Porque escrito está en la ley que debemos darlo o perderlo todo. Conforme necesitas de ayuda mental, la necesitan también otros que, entre tinieblas, vagan en busca de la luz".



## Una escultura que falta labrar

Juan de Sales.

Entre los tantos puntos que hoy se investigan y discuten, hay uno llamado a merecer particularmente el estudio de los gobiernos y de los pueblos, por la urgencia e importancia de su solución en lo que toca a los intereses de lo contemporáneo y de lo futuro. Nos referimos a la escuela.

Nadie se atreverá a negar, con justicia, la eficacia capitalísima de su papel o la magnitud de su área de acción en la moderna psicología. Hasta parece, a veces, la semilla de estos siglos occidentales en el lujo de sus florecimientos. Pero, con todo, se exhibe deficiente, sobremanera, para el desempeño de finalidades superiores en cuanto al ennoblecimiento, a la robustez genuina, al preciso acendro espiritual que requieren, a modo de móvil o indispensable resorte, las generaciones. Fácil es notar que aquella deficiencia proviene de lo limitado o de lo circunscrito de su programa; y este programa de líneas estrechas ha constituido, sin embargo, en años extensos, la forja necesaria y obligada de toda la civilización que nos llena.

Ese programa queda comprendido en este verbo: intelectualizar. La escuela, pues, en las enormes proporciones de su capacidad dominadora, sólo intelectualiza. A esto se contrae, desde las estaciones menos claras o más remotas de la historia, su maravillosa fundición de culturas, excepto unas que otras organizaciones educadoras que, a trechos, resplandecen con inconfundible dignidad entre los antiguos. Y el sistema de intelectualización ha venido ensanchando sus lindes de influencia hasta adquirir el interés avasallador de nuestros días, este desarrollo sin precedente que da la tónica de un ciclo en el proceso de las razas.

Y bien ¿qué quiere decirse con esto? Vamos a verlo. Queremos simplemente decir que la escuela, tal como ahora funciona, reduce su tarea a modelar, a enriquecer la inteligencia sin tener en mientes las otras facultades del hombre; y creemos que debiera asumir los tonos de una cuestión de actualidad la de saber si aquel crecimiento en una sola línea se realiza o no en detrimento de los otros valores del alma humana. Conviene saber, además, lo que significa la inteligencia, su mérito intrínseco, los efectos de su predominio exclusivo al combinar y regir, con manos de dueño, los movimientos del progreso; y si este progreso producido responde a un estado deseable o aceptable en la suerte del mundo. Venga la pregunta a condensar nuestro punto de vista.

¿El cultivo del intelecto implica la supresión de lo malo o, por el contrario, lo reafirma dotándolo de múltiples posibilidades de éxito? ¿Ser inteligente, evidencia un hecho espiritual? ¿La conducta depende de la mente o es una revelación del carácter? Cuando se trasciende el nivel del ignorante y se adquieren conocimientos sobre cualquier ramo de estudio, el simple caso elimina de nuestra naturaleza aquellas tendencias inferiores que van a herir, a fondo, la sustancia más noble, más elevada de un medio colectivo cualquiera? De ningún modo. La experiencia demuestra que la mayor o menor intelectualización del individuo no modifica la índole de su naturaleza, sino, antes bien, ésta vigoriza su actuación con los recursos mentales de que dispone. La miseria, los grandes gritos de angustia, los cuadros atormentados en que rompen, a menudo, las agitaciones sociales ¿no serán fruto de la inteligencia? Un análisis desprevenido de la cantidad y calidad de los problemas que acumulan su sombra tumultuosamente sobre nuestras cosas, no pondrán en nuestros labios la declaración de que el intelecto, en su soberanía de poder preeminente, luce en la caja del alma moderna con la vanidad de una joya falsa?

Existe hoy, para pedirle a la historia, uno de sus ejemplos de más puro relieve, un poderoso imperio donde el intelectualismo despliega el exponente más alto, quizás, de su violento desarrollo. La multiplicidad de sus centros de enseñanza llenan sus ciudades en una fecunda organización previsiva y genial, hasta moverse en el centro mismo de toda nuestra cultura con el aparato lógico de una sola máquina. No hay cifra intelectual que no esté escrita en sus destinos. Comercio, industria, ciencias, artes, cuanto sirve a definir la victoria del materialismo de la vida lo concibió la cabeza, lo preparó y suspendió en un monumento que es su sello, su nota, el profundo matiz de su psiquis donde conjuntan sus esencias lo complejo y sombrío. Hablamos de Alemania; y al hacerla comparecer con la certeza de un ejemplo viviente, tenemos que convenir en que toda la vasta floresta de su cultura resonante no pudo menos que nutrir sus raíces en el fiero corazón de la Germania primitiva. La humareda de la Europa denuncia, a los cuatro vientos, la vieja tea del huno. No sólo denuncia esto, también el fracaso trágico de la inteligencia en su empleo de norma dominante en la educación de los individuos o de las masas. La Alemania académica tan celebrada, la docta, la intelectual Alemania surgió de sus escuelas, como de un ancho cauce donde gastó tiempo en aumentar la energía de sus torrentes, y desbordó sobre el derecho de gentes, sobre la virtud o la parte espiritual de la civilización, sobre Bélgica, sobre Francia, sobre el océano, aquella misma barbarie desconocer-

tante que recordamos dió nombre a otra edad. Aquí, la escuela ilustró al bárbaro, y gracias a la escuela se está estremeciendo el yunque del mundo bajo el martillo del bárbaro.

La cita anterior aclara nuestro punto, por cuanto nos enseña que el mero intelectualismo no llena el programa que aspira a cumplir la humanidad como una expresión de espíritu; y por lo tanto, creemos, que apremia rectificar la deficiencia de los métodos tradicionales en beneficio de un cultivo del carácter, primero, después de la inteligencia. Columbraríamos, sin duda, la belleza de una gran hora si los gobiernos, las familias, los preceptores, unieran sus esfuerzos en el generoso sentido de establecer las escuelas del corazón, donde la virtud se la comprendiera y viviera, donde la voluntad afinara su fortaleza, donde la fe hacia el bien ahondara en una raíz perdurable, donde se templara el temperamento, con esmero benévolo, en recias y claras visiones nazarenas, donde aprendieran a abrazarse los hombres y salieran, así, al aire del mundo, a recomponer nuestra civilización que disuena en la angustia de una penumbra semi-bárbara. Con un sistema de esas promesas transformadoras, no tardaría en abrirse sobre los horizontes la novedad de otro vuelo hacia el futuro radiante. De esta suerte cobra la escuela una significación vencedoramente augusta. Consagrada a labrar generaciones en su taller donde el instrumento debaste la aspereza orgullosa, la dura por la envidia, la torcida, la hostil, la miserable por el odio, y asome poco a poco, bajo los golpes hábiles del cincel creador, el rasgo de la tolerancia fraterna, de la mansedumbre elocuente, de la palabra auténtica y edificante, de la justicia y de la verdad en el pensamiento y en la acción, no cabe duda de que se transmutarían, por milagro de alquimia espiritual, en oro, en oro puro, los metales de la cultura que nos pertenece.

Escribimos para los criterios honrados, para los que llevan la inspiración de una llama optimista en su interior, a quienes, aunque pocos a causa de su misma excelencia, debe la historia de la humanidad la parte de luz que contiene. Explanemos más estos sugerimientos que consideramos apremiantes. Al indicar escuelas para la educación y elevación del carácter, encarecemos, con ello, la necesidad de un amplio, y asimismo, firme aprendizaje religioso-científico. Las leyes universales descubiertas por la ciencia son a la par verdades místicas; y ya es oportuno de que se reconozca el hecho de que se apoyan mutuamente las investigaciones de ambos aspectos de la verdad única. Pero aquel aprendizaje no ha de realizarse, conforme al método clásico o tradicional, en una línea separada, a través sólo de la mezquita, o de la pagoda, o de la catedral romana. Nin-

gún método más adecuado que practicar el estudio de las religiones comparadas; porque puede tenerse por cierto de que se ignora el valor de lo propio cuando se ignora el de lo de otros. Semejante estudio comparativo ofrece la ventaja de ilustrarnos con respecto de la grandeza de aquella que profesamos. A merced de esta práctica nos redimimos de la intransigencia inherente a todo prejuicio, a tal grado que nos dilatamos en la consciente caridad de un concepto tan extenso cuanto se quiera, hacemos nuestra la virtud de acercarnos a las otras almas y el poder de adoptar, deliberadamente, una actitud propia de acuerdo con nuestros destinos espirituales. Este plan entrañaría, de por sí, el mérito de una renovación profunda. Descartaría, desde luego, el antiguo procedimiento de formar hombres muertos por razón de su automatismo religioso. La nueva escuela formaría hombres vivos, sobre los cuales únicamente erige su gloria el Cristo.

Al trazar este bosquejo, rápido en extremo, acaso no estemos solos, quizás nos constituimos en voceros de una íntima necesidad de esta época desencantada ya de su labor de centurias en pro del absolutismo de la inteligencia. Percibimos en el ambiente la vaguedad de algo nuevo que se espera, un algo más fuerte por veraz, más humano, tal vez el jugo fresco de una nueva fe o de otra buena nueva. Esa vaga cosa flota reaccionariamente sobre el estado de expticismo que ha cultivado la escuela histórica, continuó la academia y afirmó el ara. La inteligencia, a título de señor, difundió sus maestros, y éstos, en nombre de ella, intensificaron el drama donde los hombres no se buscan sino para herirse. La inteligencia científica no quiso sino inclinar la cabeza sobre el peldaño inferior de la vida, y de espaldas a los cielos no vió otro o se negó a verlo, no obstante de que sus manos levantaban vencedoramente la escala de la evolución. La inteligencia teológica, por otra parte, cubrió de doctores, en vez de apóstoles, el recinto de los templos, y proscribió, por desgracia, la gran verdad de que úno entra en Dios por la puerta del corazón.

Si nos advirtiéramos todos, como resultado del análisis de las cosas contemporáneas, de todo lo expuesto arriba, no tardaríamos en el fomento y establecimiento de las escuelas propuestas. Estas refundirían en la novedad de su significado el amor del hogar y los dos fervores de la ciencia y de la religión, iniciarían rumbos a finalidades elevadas y, así, dilatarían en las almas el resplandor de visiones que salvarían al mundo.



# Sobre la pantalla del tiempo

(Un fragmento del "Quarterly".— T.)

Dominadora, empequeñeciendo todas las demás cosas que, en esta vez, se reflejan sobre la Pantalla, se extiende la larga línea del combate, en el oriente y en el occidente, en el norte y el sur, donde se concentra el corazón del mundo. Nada hay más inspirador, más instructivo, nada que conmueva más.

Pero qué, en verdad, sucede allí? Las impresiones que nos vienen varían. Algunos sólo ven horrores; otros, simple fuerza bruta derramada por esta o aquella vía; otros nos hablan de heroísmo magnífico y sublime.

Hay, sin embargo, los que perciben aquellos horrores indecibles, la mayor violencia de fuerza bruta, los más espléndidos heroísmos; pero además, junto con estas cosas y trascendiéndolas, perciben la Vida Eterna como en el Crucifijo se ve la resurrección.

Eso es inevitable. Encontramos lo que tenemos. Somos, siempre y dondequiera, lo que, en efecto, somos.

El caso de la Crucifixión ilustra claramente esa ley, porque ninguno que la presencié vió la alegría en el dolor, la luz en las tinieblas, la victoria en lo que pareció terrible fracaso. La pascua de resurrección abrió sus ojos, como hubiera abierto los nuestros, como ha debido abrir los de aquellos que presencian esta guerra, como ha abierto los de algunos. Y, no obstante ello, qué diferencia de pareceres entre los que estuvieron contemplando aquella Cruz de vida. Hubo quienes del sufrimiento se alegraron, brutos que se dieron a la befa. Algunos por su indiferencia, abstraídos, apenas se manifestaron conscientes del suceso. Otros, quizás compadecidos, vieron pena y horror, o quizás, humanitarios, pensaron que si de ellos hubiera dependido, la Crucifixión como práctica cesaría. Otros, pocos, lloraron de corazón en agonía de amor y de piedad. Pero vieron más allá? Vieron el discipulado? Vieron la victoria imperecedera del espíritu? A través del velo de la muerte y de la angustia vieron la redención de la humanidad, aun de los verdugos y de las furias demoníacas autores de esa angustia y de esa muerte; vieron, acaso, al traicionado salvando al traidor, a la víctima expiando, por su heroísmo, las culpas de su victimario?

No pudieron verlo, creemos, hasta más tarde, cuando el Vencedor les dió su paz.

Pero, hoy, cuando hemos estudiado ese drama del espíritu, cuando hemos buscado el secreto del elixir del Grande Espíritu, no tenemos el pretexto de ceguera. Debemos comprender.

Con todo, encontraremos lo que llevamos con nosotros, veremos lo que somos . . . . .

## PREGUNTAS Y RESPUESTAS

**PREGUNTA:** *Desearía que me explicaran lo que quiere decir la DOCTRINA SECRETA cuando asegura que es necesario pasar por toda "experiencia" en este manvántara antes de que pueda individualizarse la Chispa Divina. ¿Significará esto que, en el reino humano, debemos tener experiencia de cada aspecto de la civilización? Hemos de ser plomeros, carpinteros, pintores, ministros, abogados, médicos, etc., antes de alcanzar plena conciencia? Comprendo que no puede obtenerse toda experiencia sino por medio de repetidos renacimientos, pero para mí la dificultad estriba en la significación de TODA experiencia. Además, se necesita pasar por toda escuela de crimen a fin de desarrollar fuerzas para el progreso?*

**RESPUESTA:** La experiencia en la evolución a través de todos los reinos de la naturaleza es una necesidad de todos los Egos, porque constituye el espíritu, nacimiento e impulso de la evolución. Sin esa experiencia no habría evolución. De aquí la necesidad, por inevitable, de esa experiencia general, por cuyo medio se adquiere la individualidad. Tal cosa ocurre, de ese modo, por ser la ley de nuestra existencia.

Ahora, consideremos uno cualquiera de esos progresos o reinos. Estaba lleno de variedades. Estas eran inevitables y necesarias. Formas curiosas de animales se desarrollaron en la lucha evolucionaria, resultando necesaria esta lucha para aquel perfeccionamiento. Pero eso apareció como detalle de un orden general, como los pasos en una jornada. ¿Nos inquieta esto, acaso, acaso surge aquí la cuestión acerca de "toda experiencia?" Si no, ¿por qué ha de seguir respecto de simples detalles de cambio en la vida humana, imperfecta aún, que lucha todavía por lograr, mejorar, adelantar? Los plomeros, los pintores, los carpinteros son mecánicos, en la manera que otros dedicados a ocupaciones más deseables, pero todo representa experiencias de esa índole, debido a esta, o a cualquiera otra forma de civilización. Y el Ego no puede adquirir intuición mecánica si no pasa por esa clase de experiencia. La frase "toda experiencia" encontrándose, en efecto, en una exposición acerca de las grandes líneas y fines de la evolución, debe tomarse en ese sentido y no como simple detalle. Todas las experiencias posibles pueden acumularse en pocas cabezas y ese tipo general de experiencia es el que tenemos que alcanzar. ¿Cómo lograría un Ego conocer la maternidad y la paternidad si no tuviese nunca la experiencia de ello? Un discurso no le bastaría. ¿Cómo se sabría algo de gobierno sin haber sido gobernante nunca, o de sumisión sin haber estado nunca sometido? No hay, pues, razón a dificultades respecto de la palabra "toda experiencia".

W. Q. JUDGE.

**RESPUESTA:** En contestación a la última parte de la pregunta: ¿Es necesario pasar por toda escuela de crimen a propósito de progresar?" Respondo: Ciertamente no. Porque si, en verdad, se ha dicho que se necesita toda experiencia, debemos, sin embargo, entender muy prudentemente lo que se quiere decir cuando semejantes afirmaciones se establecen. Muchas acciones hoy justas y aceptables, habrían merecido el calificativo de crímenes hace cien años; y en las vidas de todo Ego que avanza, a medida que se eleva, muchas acciones del pasado, entonces buenas, parecerían ahora malas si se ejecutaran de nuevo. El reconocimiento de lo malo de una cosa proviene de la intuición del Ego Superior, y los empeños hacia un estado más elevado descansan en los esfuerzos que realiza el Ego Inferior para entender al Superior y retirar sus ojos del pasado. Las acciones malas no son necesarias para nadie, pero el conocimiento del mal forma por supuesto, una parte del desarrollo del alma, pues una vez que adquiere plena conciencia de la injusticia de tal o cual proceder, se halla pronto a abandonarlo. El crimen, por lo tanto, previene el progreso, no constituye un elemento necesario de él.

CLAUDE FALLS WRIGHT.

**RESPUESTA:** Me parece que el sentido común o la intuición responden a la última parte de esta pregunta.

En cada vida, en cada contacto con la materia el alma busca experiencias, durante el curso natural de su peregrinación evolucionaria. El crimen resulta de una complacencia voluntaria con las ilusiones y tentaciones de la materia y no veo la posibilidad de lograrse, por ese camino, fuerzas para vencer. El crimen se estudia propiamente sólo después de haber resistido aquellas tentaciones e ilusiones y principiado nuestro progreso ascendente. Habiendo pasado el alma por "toda escuela de crimen" puede, gracias al sufrimiento de este modo originado, lograr la purificación final, pero el proceso es innecesario de seguro. Esto queda claramente ilustrado con algo que una vez dijo madama Blavatsky acerca de que, cuando tengamos que rendir, a través de un pantano, una parte de nuestro viaje, es un mal sistema detenerse y sentarse sobre el cieno, especialmente cuando podemos cruzarlo en zancos.

VESPERA FREEMAN.

**PREGUNTA:** *En el caso de un enemigo dispuesto a ofenderme de cualquier modo, debo apercibirme para rechazarlo en la misma forma que me quiera dañar, o debo asumir la actitud de la no resistencia?*

RESPUESTA: Muchas veces me he hecho la misma pregunta, pero confieso que simultáneamente con ella ha surgido esta otra: ¿La ofensa contra mí por escrito, de palabra o de hecho, no responderá, acaso, a una condición similar de mi naturaleza cuyo reconocimiento no he adquirido todavía? ¿El agravio, la ofensa o el ataque que sufra, no tendrá el mérito de una lección que necesito aprender, y aprendiéndola me despierta a un concepto más claro de mí mismo? Sea como fuere, en medio de tales problemas que la vida nos presenta a cada paso, siempre he creído que lo prudente sería apoyar nuestra conducta en la norma que encierra aquel sutra del libro de Patanjali, que dice: *Donde se perfecciona la condición inofensiva, toda enemistad cesa delante de aquel que la posee.*

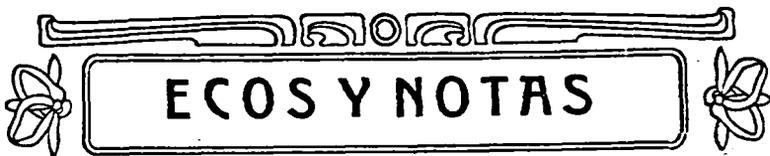
R. G.

RESPUESTA: Me parece que en toda situación importa mucho tener presente esto: Que somos una dualidad, es decir, un yo inferior cuyos atributos son: el amor propio o egoísmo, la vanidad, la indulgencia para conmigo mismo, etc., y un yo superior cuyos atributos son: el altruismo, la humildad, el desinterés en el servicio de los demás, etc. Como cada hombre, según me parece, representa un caso kármico, su propio discernimiento le pautará su conducta en un momento dado. Si la ofensa se dirige contra los atributos de su yo inferior, pienso que no debiera haber resistencia, porque si la hay no sirve sino para reafirmar el imperio de esos mismos atributos. Ahora, cuando la virtud pelagra, cuando están amenazadas las prendas espirituales de una sociedad, si su defensor o defensores son agredidos, no sólo cabe la resistencia determinada y heroica sino la acción intensamente combativa, porque esto, en todo caso, significa la defensa de un noble ideal de humanidad. Jesús afrontó estas dos situaciones: cuando la afrenta le llegó a él, no resistió, entonces fue cuando más resplandeció la dignidad de su mansedumbre divina; pero cuando la afrenta profanó lo sagrado, lo espiritual, las cosas de Dios, su lengua vibró en las condenaciones más varoniles y su diestra manejó firmemente el látigo.

J. DE S.

RESPUESTA: Hay ataques absurdos. Si un bandolero premeditara un ataque contra mí, agotaría todos los medios de defensa posibles para que no se cumpliera la agresión; y entre esos medios no olvidaría nunca este: envolver al enemigo en un sincero pensamiento benévolo y generoso.

GAYATRI.



# ECOS Y NOTAS

## La Doctrina de la Evolución en sus relaciones con el Pensamiento religioso.

Este libro, más que la insuficiencia o las fugacidades de que se reciente toda nota de crónica, pide la holgura de un montón de páginas donde la crítica pueda poner, bajo el discernimiento de los lectores, el mérito que, en cantidad insospechada, atesora por modo magnífico en el fondo. En un prólogo donde se abren en solidez y serenidad la exposición espontánea y el tema que ha sido palenque y duelo de pensadores y religiones, el traductor, Rafael Villavicencio, docto académico, que nunca flaquea en el perfecto dominio de la filosofía que interpreta y juzga, bautiza el libro con el atributo de maestro. Y esta palabra, sin poner mientes en los labios que la autorizan, sugiere, de por sí y nunca con más justeza, la valía y oportunidad de la obra. Es libro de esos que se escriben de vez en cuando, a jornadas largas en las épocas. Despide luces inadvertidas hasta ahora, orienta, de tal suerte, que sus poderosos resortes de perdurabilidad nos dan derecho a reclamar que no se le tome nunca en la calidad y sequedad de esas escrituras livianas que pasan sin impresión y se nos caen de las manos para no volver a ellas. Se trata de un trabajo capital de veras, fuerte, imperativo por la semejanza matemática de su lógica, tal vez revolucionario por la novedad de sus tendencias al cerrar la bóveda de la construcción, que ya urgía, sobre las gemelas columnas de la verdad científica y de la verdad espiritual. Joseph Le Conte, el autor, naturalista, catedrático de la Universidad de California, ve de frente la vida, no a media vista o a dificultades de miopía, sino desnuda, solemne, abierta y prolífica. No del lado del dogmatismo científico sitúa su punto de observación, puesto que allí sólo se allegan líneas parciales como las de la física y la química; tampoco del lado teológico por cuanto subsiste inmovilizado en el ambiente de la tradición dogmática. Se coloca en la zona neutra, o media, para que nada escape, sin escrutar. en su torno, redimido como queda de toda emoción de discordia o de combativa parcialidad; y eligiendo moderadamente los materiales de una y otra parte, ajusta, concierta piezas que parecían antagónicas. No obstante la argamasa húmeda aun, lo disperso de la confusión genésica por entre los bloques informes, se adivina, gracias a la energía de la arquitectura apenas incorporada sobre todo lo ancho de los cimientos, la concepción

admirable y el designio. Poco a poco van apareciendo las murallas en una simetría hábil, dominadora, hasta que se despliega, en la victoria y belleza de su estructura incontrovertible, el cuerpo de la fábrica presentida, a cuya presencia uno se pregunta cómo la generación que viene de la academia platónica y del pensamiento aristotélico, no se reconocieron obreros de una misma filosofía cuando los unos descifraban la vida en la multiplicidad de sus cambiantes heterogéneos y los otros como expresión monítica y sintética. Le Conte—y de aquí la grandeza de su plan—nos entrega estrechados en un ferviente abrazo de reconciliación al antiguo apóstol del Nazareno y al apóstol moderno del evolucionismo darwiniano. Nadie, de los que tengan alguna noticia de la cultura del occidente, se negará a tomar en cuenta la magnitud de esa empresa, más si se recuerda que los dos adversarios sacuden el fondo de nuestra psicología desde los tiempos de Grecia. Los enfrenta para mejor definir sus puntos de vista. Y así el profesor de California le advierte a la teología que no hay razón alguna—y lo prueba—para que traduzca el avance de la idea científica como determinadora del retroceso de la idea religiosa. Por el contrario, arma el carro humano sobre ambas ruedas. Precisamente, repitiendo ahora el caso de aquél pájaro que según los relatos mitológicos renacía de sus cenizas, demuestra el profesor, pero sin esfuerzo, que de entre las cenizas teológicas se eleva remozada la idea religiosa. Creyó una vez la teología que nuestro planeta concretaba, por gracia divina, el centro del universo; que un Dios antropomórfico entonaba, para la complacencia de los hijos de Adán, el concierto de sus astros; que datábamos de ahora seis mil años; que en siete días hizo Dios de la nada todas las cosas. De este pan comieron varias centurias. La ciencia le opuso estos documentos vivos: La teoría heliocéntrica del sistema planetario, la ley de la gravitación, la antigüedad de la tierra, del cosmos y del hombre, la evolución. Pero la derrota teológica si expurgaba de doctores la Sinagoga, con esto removía, en cambio, la piedra del sepulcro donde estaba enterrado el espíritu religioso. Y aquí Le Conte empina, por modo singular, la trascendencia de su método y de sus conclusiones. Dibuja sobre la doctrina de la evolución, a manera de la nube evangélica, el ascencimiento de la verdad mística. Hay un cuadro rico en sugerentes significaciones, parecido a otro que habíamos leído del ilustre Bergson: la fisiología del cerebro en sus relaciones con la psicología. Pone dos observadores: uno de *afuera* que ve fisiológicamente y otro de *adentro* que lo hace psicológicamente. El primero sólo concibe cambios físicos y químicos, vibraciones moleculares, ácido carbónico, agua, úrea. No sabe más, no puede saber más de lo que

anotan sus ojos exteriores, esto es, simples movimientos, fuerza y materia. Por otro respecto, el observador interno, no percibe otra cosa que conciencia, pensamientos, sensaciones, deseos, voliciones, etc. A cada acto psicológico responde un fenómeno fisiológico. La ciencia tiene que convenir, por lo menos, en la íntima correspondencia de ambas actividades, aun cuando ignore, según el microscopio y la balanza, la naturaleza de esa relación. Al convenir en esto conviene también en que, delante del dinamismo cerebral, presencia el valor de un símbolo cuyo sentido viviente percibe, de lleno, el observador *interno*. Fácil se presenta a cualquier criterio que lo que en un plano se llama vibración se pronuncia en otro plano como ideas. Es este un caso, el caso del cerebro en el juego de sus fuerzas propias y detrás, o en el fondo, o arriba, una mente, una conciencia, una voluntad. Por analogía, y trasladando nuestro punto de observación al cosmos, el materialista sólo atestigua el enorme despliegue dinámico de la evolución universal. Atestigua, con su ojo de carne, los estremecimientos de la carne de las cosas. No puede saber más, no aprende nada más fuera de la lección objetiva de atracciones, repulsiones, combinaciones, transformaciones de la energía a través de la materia, la afinidad en la molécula, la gravedad en el planeta, la gravitación en los mundos. No puede saber más que de simples movimientos. Pero, a ejemplo del cerebro, no contradice a la razón el hecho de que el científico presencie en estos movimientos la inmensa cifra del símbolo cuyo secreto viviente reside en la conciencia universal. Así, detrás de cada fenómeno físico preside el sujeto superfísico generador; detrás de mis lágrimas, la emoción; detrás de mi acto, la voluntad; detrás de mi palabra, el pensamiento; y si reducimos a una suprema suma definitiva esas manifestaciones parciales de la vida, desde la piedra hasta la purísima integridad del espíritu, es fuerza que tomemos otra vez, al concepto ontológico de una homogénea voluntad única, sujeto, substancia, de la evolución universal. Además, no pasa inadvertido el designio que guarda cada cosa en su origen, desarrollo, término, en cuyo proceso los medios se van adaptando a los fines; el designio que lleva el huevo hacia el organismo, la semilla hacia el árbol, la nebulosa hacia el harmónico haz planetario; y si resumimos estas revelaciones separadas en una máxima y final totalidad, encontraremos, a través de la energía que se transforma, de la materia que cambia, del organismo que se complica, del sentimiento y de la conciencia que crecen, encontraremos la expresiva autenticidad de un designio único de la evolución. Si todo anda, como, en efecto, anda, hay que reconocer la vía y el arribo: de la larva a la mariposa, de la masa nebulosa al arribo

de la estrella, de lo bueno a lo mejor, de lo mejor a lo óptimo en grados que se alejan de lo efímero a lo perdurable o de lo estrecho a lo infinito, del instinto a lo auto-consciente, de esto a lo espiritual, de aquí a lo divino, del salvaje enredado en los turbios tartamudeos de su alma recién nacida hasta la flor del Cristo vencedora y abierta en la plena belleza de la evolución. De esta suerte, Le Conte, erige su fábrica, según la ciencia, desde el limo bajo de la vida, y según la religión acredita, bajo la gloria del cielo, la excelencia y el triunfo de la cúpula.

Una vez más, el doctor Villavicencio, con este libro, en medio de nuestras riberas anochecidas, afirma la torre de otro faro. Ha sido esa su tarea desde la juventud. Nunca prostituir, nunca deshonrar, nunca la podre de la arcilla en la pluma limpia. Sabio a lo académico, y mucho más que esto, varón prudente según la ley de Dios, se siente compenetrado de tal manera con las necesidades de su gente y de su medio, que se desvela, bajo la plácida dignidad de su tarde, por decir el camino, la verdad y la vida. Cuando mañana nuestra descendencia mire a estos momentos, cuando, entonces, nos pese y mida, se adelantará a defendernos, entre pocos, el claror solitario de este vigoroso contemporáneo sin tacha, que ha puesto a merced de los suyos las mejores joyas de su caja: una cabeza de maestro y un corazón de hermano.

### Ángel Santos Palazzi.

Este hermano de nosotros, teósofo y por lo mismo caballero de buena ley, resumen de lo cordial, de lo generoso, de lo tolerante, cuya alegría vino con él a la cuna, el de aire ingenuo a cuyo contacto sentíamos como la placidez de una sombra benigna, se alejó de su huerto en flor y de su luz y de su regalo de Dios que era el domicilio de su mujer y de sus hijos, cuando supo que el imperio alemán había reaparecido en la desnudez del huno, y otra vez retado a la humanidad a la decisión de un duelo a muerte. Este gesto habla de por sí. Denuncia de mil maneras, el parentesco espiritual que integraba a Palazzi en la masa resplandeciente de las almas superiores. En la hora de la elección, fiel quizás, quien sabe a qué sagrados resortes antiguos, no vaciló un momento entre los suyos y la causa de los Maestros. Se sintió más de ella. Quien sabe desde cuando. Mide, Mauricio Maeterlinck, la grandeza de un hombre por los misterios que cultiva, o por aquel que lo detiene; y nosotros nos permitimos medirlo por la cantidad de su sacrificio en pro de la elevación de los de-

más. Palazzi pertenecía a los de esta falange. No voló su nombre entre el ruido de trompetas famosas. No fue de escenario su grandeza. No. Tácita, anónima, la escondió a la manera del oro bajo la tierra humilde. Pero basta a calificarla en su mérito, en toda su diamantina autenticidad, con reconstruir la escena, de suyo elocuente, cuando, a la puerta, le dice el adiós último su familia en llantos de amor, y cuando él, renunciando a su fortuna y a su dicha, suspende por sobre la visión de su hogar los ojos, para fijarlos resueltamente en la justicia y el bien del mundo. Y partió hacia la Francia con el canto en el corazón, oyendo pasar por encima de su cabeza, como una bienvenida que le daban sus hermanos los héroes, las rachas magníficas de los clarines del Marne. Y se hundió en la tragedia, y en la más pura honra de los bravos, en ella murió. La Rama "Venezuela", de quien fue miembro, recoge su recuerdo como una bandera.

### El Hipnotismo.

A causa de haberse despertado, en esta ciudad, cierto interés por esta clase de fenómenos, conviene consignar nuestro parecer al efecto, a manera de alerta a los que ignoran los peligros de una práctica condenada severamente por todos los que tienen conocimiento exacto de las fuerzas ocultas de la naturaleza. Apartamos algunas circunstancias secundarias que vendrían a robustecer nuestro aserto, para limitarnos a dos puntos capitales que atañen directamente a la moral del procedimiento. Uno de esos puntos es conocido por la generalidad de las personas: la actitud pasiva del sujeto y su sometimiento incondicional al operador. A esto se agrega el hecho de que una vez despierto de su sueño puede realizar todo cuanto se le sugirió durante el estado de hipnosis profunda. Puede robar, matar, cometer todos los delitos posibles sin conciencia de ninguno de sus actos, ciego y obediente al poder sugestivo que domina su porción psíquica. Existen los casos particulares en que un carácter poderosamente moral resista las pretensiones malévolas del experimentador, pero está probado también que la persistencia y ahinco logran disminuir primero, y vencer luego, la resistencia que opone el desgraciado paciente. Desde este punto de vista la propaganda y generalización del hipnotismo constituye una cuestión de orden público, y las providencias prohibitivas y penales de los representantes del poder oficial debieran impedir, con verdadera eficacia, el manejo de fuerzas tan peligrosas que pone a merced de las pasiones de cualquiera la suerte de los individuos. Ninguna arma tiene más cerca la venganza, el odio, la envidia, la codicia,

la maledicencia como esa arma que no se sabe cuando se desenvaina ni cuando hiere. También envuelve un daño espiritual que comprende en sus consecuencias al operador y al sujeto. Y este asunto va a algo más hondo. Con un acopio de conocimientos que tienen la sanción de considerables milenios, enseña nuestra filosofía que el libre albedrío es una facultad sagrada y debe permanecer, por lo mismo, inviolable en el curso ético de la evolución de la humanidad. Tanto sello imprime, o mejor, es tan esencial que constituye al hombre. Este no se define sino, sólo como una expresión de voluntad. Su grado de voluntad mide su grado de evolución. El hipnotismo destruye la voluntad del hipnotizable, y por lo tanto, su ejercicio, su consentido y permitido ejercicio, tiende a perpetuar un crimen muchísimo más grave que el simple asesinato del cuerpo físico; y como en todo crimen hay una víctima y un culpable, en este caso se encuentran entrambos: operador y sujeto. Este infeliz, una vez que cae bajo el ojo magnético del que, por esta razón, se declara su dueño, queda ligado a él para mientras dure ahora sobre la tierra y hasta para los futuros renacimientos. Este género de vínculo desaparecerá cuando se repara en toda su extensión el tremendo mal causado a la libertad, a la conciencia, al dominio propio, al carácter humano. Sólo por una lamentable ignorancia, a todas luces lamentable, consiente una persona entrar en el sueño hipnótico para abandonar a otras influencias extrañas, sean como y cuales fueren, el gobierno de su reino interno, la morada de su yo o de su espíritu. Pero, por desgracia, nos tememos que esto último no se entienda en su debida importancia. Nuestra cultura corriente no ha introducido todavía en su programa un elemento de tan educadora omnipotencia como el estudio de la ética, de su universalidad, de su infalibilidad, de su designio, del modo de su acción, de sus relaciones con todos y con cada uno de nosotros. Cuando declaramos esto no nos referimos a esa moral hueca, de precio de baratija, con que distraen a su rebaño los pastores de las iglesias y que pasa de padre a hijo en la categoría de una cosa de tercer orden, a la semejanza de mueble antiguo que, no obstante su deterioro, se conserva por cierta consideración tradicional al abuelo o al remoto ascendiente que lo usó una vez. No, no invocamos esa moral que nadie respeta ya. Nos referimos a una ética basada en la vida misma, científica, experimental, que se estudie y comprenda en los términos de un teorema, que nos explique la solidaridad que nos liga a las otras almas con el rigor matemático con que la ley de la gravitación explica el concierto de las esferas; en suma, una ética que se nos revele tan cerca é íntimamente que la traduzcamos en la forma de una

revelación de la propia vida que vivimos, y cuyas reglas no se quebrantan, de ningún modo, sin que resulte lesionada una parte substancial de nosotros mismos. Ya así, a la luz de este solemne concepto, se comprendería lo que el hipnotismo significa en su cabal naturaleza, y se comprendería, desde luego, la oportunidad de este alerta que damos a todos.

### Testamento heroico.

De un periódico de Italia recogemos la siguiente nota que parece una oración por su hondura solemne, parece un himno por su virilidad, también un salmo por su admirable belleza de espíritu.

—Entre los testamentos espirituales dejados por los personajes más cultos e inteligentes antes de inscribirse bajo nuestras banderas, uno de los más vibrantes es la del joven Enzo Valentini, voluntario de Perugi, caído sobre la áspera cima del “Cal di Lana”, el 27 de marzo. Con motivo de su partida, el héroe manifestó a su madre, por escrito, su última voluntad; y después de formar una lista de las personas a quienes deseaba ofrendar un recuerdo suyo, concluía así:

“Procura no llorar mucho. Piensa que si no vuelvo, no por eso muero. Mi parte inferior, esto es, mi cuerpo, padece, se agota, muere; yo, el alma, mi parte superior, no puede morir porque soy de Dios y a El debo tornar. He sido creado para la alegría y al través de la alegría que hay en el fondo de cada dolor, debo volver a la alegría eterna.

“Si alguna vez fui prisionero del cuerpo, no por eso soy menos eterno. Mi muerte corporal es una liberación, el principio de la verdadera vida, el retorno al Infinito. Por eso no llores. Si pensaras en la inmortal belleza de la idea a la cual mi alma ha querido sacrificar su cuerpo, no llorarías. Si tu corazón de madre derrama sus lágrimas, éstas son santas; porque siempre lo son las lágrimas de éllas. Que Dios las cuente: serán como estrellas para tu corona.

“Madre adorada, sé fuerte. Adiós les digo a todos desde el más allá.

“*Tu hijo que da su cuerpo para combatir a quien pretende matar la luz.*—ENZO”.

### The Theosophical Quarterly.

Tenemos en nuestra mesa esta notable Revista correspondiente a este mes de octubre. Su texto es el siguiente: *Notas y comentarios; Fragmentos*.

tos; *Cartas a los amigos*, XXI; *Las Ordenes religiosas*, IV; *El Espíritu Santo*, IX; *Pablo el discípulo*; *Qué somos?*; *El conde San Martín*; *Sobre la pantalla del tiempo*; *Los discípulos*; *Revista*; *Preguntas y Respuestas*.

Recomendamos su lectura, que viene como siempre luminosa y nutrida. El artículo de fondo con que comienza la Revista acopia datos históricos de verdadera importancia acerca de los movimientos de la política italiana, de su reconstrucción, de sus diferencias con el Austria y de la posición del Vaticano cuando la revolución vencedora borró de su historia la tradición del poder temporal.—*Sobre la pantalla del tiempo*, del cual publicamos un fragmento, abre un nuevo concepto acerca del enorme sacrificio que llena el drama de la guerra actual. Lo interpreta dándole una significación espiritual, el mismo sentido que se descubre en el dolor del Calvario.—Las demás producciones vienen con su interés propio, apuntando todas sus enseñanzas al más claro ideal místico.—Cada vez más se acentúa la necesidad de esta publicación, cuyos servicios, en este superior momento crítico de la humanidad, cobra el prestigio de una inspiración, de una guía, o de un faro. Nunca nos cansaremos de anunciar su mérito para que gane el vuelo que merece entre nosotros.



# LIBROS DE VENTA

en la Biblioteca de la Sociedad Teosófica  
Canónigos a Esperanza número 38

## CARACAS

LA VOZ DE LA INDIA.....	B. 1,50	EL SELLO DE SALOMON.....	B. 2,50
FILOSOFIA DE LA ALIMENTACION.	7,50	MORALISTAS GRIEGOS .....	4.
EL HOMBRE Y SUS CUERPOS.....	2.	GUIRNALDAS DE AMOR .....	2.
LUZ EN EL SENDERO.....	1,50	DEUDA FATAL .....	4.
LA VOZ DEL SILENCIO.....	1,50	TRAGEDIAS DE ESCHILO .....	4.
DOCTRINA DEL CORAZON .....	1,50	SABIDURIA DE LOS UPANISHADS..	1.
EL PODER DEL PENSAMIENTO, SU		CONFUCIO .....	1.
DOMINIO Y CULTURA.....	2.	FILOSOFIA ESOTERICA DE LA INDIA	2,50
VEGETARISMO Y OCULTISMO.....	75	VISLUMBRES DE OCULTISMO.....	8.
LA CLAVE DE LA TEOSOFIA.....	6.	LA MEMORIA DE LOS NACIMIENTOS	
EL RESPETO A TODO SER VIVIENTE	1,50	PASADOS .....	1,25
EL HOMBRE; FRAGMENTOS DE UNA		COCINA VEGETARIANA .....	4.
HISTORIA OLVIDADA .....	3.	EL TESORO DE LOS HUMILDES.	1,50
NUESTRA RELACION CON LOS NI-		ZANONI .....	8.
ROS .....	75	LA RAZA FUTURA .....	4.
HACIA EL TEMPLO .....	8,25	CARTAS QUE ME HAN AYUDADO..	2.
REENCARNACION EN EL NUEVO		EL CORAN .....	4.
TESTAMENTO .....	1,25	HACIA LA GNOSIS .....	4.
EL SISTEMA AL CUAL PERTENE-		JUNTO AL HOGAR.....	4.
CEMOS .....	1.	SENECA .....	4.
CREENCIAS FUNDAMENTALES DEL		OJEADAS EN EL SANTUARIO .....	4.
BUDDHISMO .....	2.	EL DHAMMAPADA Y EL NARADA	
APOLONIO DE TYANA .....	2,50	SUTRA .....	3,25
PITAGORAS .....	4.	CLARIVIDENCIA Y CLARIAUDIEN-	
BHAGAVAD GITA .....	3.	CIA .....	2,50
EL DESPERTAR .....	2.	LA BARBARIE CRISTIANA EN EU-	
LA INICIACION .....	3,50	ROPA .....	1,50
LO QUE ES LA TEOSOFIA .....	2,50	FRATERNIDAD LEY DE LA NATU-	
EL UMBRAL DEL MISTERIO .....	4.	RALEZA .....	1,50
FILOSOFO AUTODIDACTO .....	4.	VISLUMBRES DE OCULTISMO(TE-	
EL BUDDHISMO ESOTERICO .....	2,50	LA ) .....	2.
EL MUNDO OCULTO .....	8.	BOSQUEJOS TEOSOFICOS .....	1,50
PROTECTORES INVISIBLES .....	3.	ECOS DEL ORIENTE .....	1,50
MANUAL TEOSOFICO Y CONSTITU-		LA SABIDURIA ANTIGUA .....	5.
CION SEPTENARIA .....	2.	LA INICIACION .....	3,50
CIENCIA OCULTA EN LA MEDICINA	2,50	EL PLANO ASTRAL Y EL DEVACHAN	2,50
MAGIA BLANCA Y NEGRA .....	5.	FORMAS DEL PENSAMIENTO EN	
LOS TRES SENDEROS DE PERFEC-		COLORES .....	14.
CION .....	2,50	EL HOMBRE VISIBLE E INVISIBLE	
LEYES DEL DESTINO .....	4.	( COLORES ) .....	13.
EL CRISTIANISMO ESOTERICO....	6.	KARMA .....	1,50
SIETE GRANDES RELIGIONES....	6.	VIDA DE JEHOASHUA .....	8.
EN ARMONIA CON EL INFINITO...	4.	HISTORIA DE LOS ATLANTES....	8.
IOS GRANDES INICIADOS .....	6.	LA PERDIDA LEMURIA .....	8.
LEYES DE LA VIDA SUPERIOR....	1,50	EL MAS ALLA DE LA MUERTE....	5.
A LOS PIES DEL MAESTRO .....	2,50	A LOS QUE SUFREN.....	2.
EDUCACION DE LA VOLUNTAD....	5.	LA DOCTRINA SECRETA (2 TOMOS	
CARTAS ROSACRUCES .....	2.	PASTA DE LUJO ).....	60.
POR LAS PUERTAS DE ORO.....	3.	ISIS SIN VELO (3 TOMOS ).....	30.
MAGIA EGIPCIA .....	2.		

NOTA.—No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su respectivo importe.

Para encargos dirigirse al señor Miguel Benzo.